

La histeria

Entre amores y semblantes

Laura Cevedio



Psicoanálisis

clínica psicoanalítica



EDITORIAL
SÍNTESIS

La histeria

Entre amores y semblantes



clínica psicoanalítica

PROYECTO EDITORIAL

PSICOANÁLISIS

Directores:

Manina Peiró

Paloma Letamendía

Manuel Espina

La histeria

Entre amores y semblantes

Laura Cevedio



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: www.sintesis.com
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Diseño de cubierta: Manuel Gracia Gascón

© Laura Cevedio

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34 - 28015 Madrid
Tel.: 91 593 20 98
<http://www.sintesis.com>

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ISBN: 978-84-975686-8-5

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Introducción

Capítulo 1. Evolución del concepto "histeria"

Una enfermedad como cualquier otra

Del pitiatismo al DSM-IV

El encuentro de Freud con la histeria: el psicoanálisis

Estructura histérica

Bibliografía

Capítulo 2. Del trauma al fantasma

El encuentro con la fantasía

Fantasías diurnas

Construcción de la novela familiar

Bibliografía

Capítulo 3. De los fantasmas fundamentales al fantasma lacaniano

El fantasma de la estructura histérica. Forzamiento histórico

Bibliografía

Capítulo 4. Algunas manifestaciones delirantes del fantasma histórico

Anna O y su teatro privado

Bibliografía

Capítulo 5. Pégale porque me amas

Bibliografía

Capítulo 6. Buscando el goce absoluto

[Fórmulas de la sexuación](#)

[Más allá del falo](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 7. Entre semblante y máscara](#)

[La bella máscara](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 8. En las cosas del querer: la malquerida](#)

[Amar en el otro](#)

[Amor al semblante](#)

[La creación del amor](#)

[Degradación del amor](#)

[Hablemos de amor](#)

[Amor de transferencia](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 9. Porque lo crea lo ama](#)

[Filiación](#)

[El impotente amo](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 10. Madre-hija, un amor estragado](#)

[De la madre a la hija](#)

[El hijo histérico participa del estrago](#)

[Germen de la paranoia](#)

[Herederos del estrago](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 11. La Otra mujer en la histeria](#)

[La Otra mujer en la homosexualidad](#)

["La Otra" del histérico masculino](#)

[¿Qué son las mujeres para él?](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 12. La histeria y el amo](#)

[Los discursos](#)

[Discurso histérico](#)

[Discurso del amo](#)

[Discurso psicoanalítico](#)

[El sujeto en el lazo social](#)

[Bibliografía](#)

[Capítulo 13. Queriendo al amo se encontró con el maltrato](#)

[La bella y la bestia: un caso clínico](#)

[Un amo que produzca un Nombre del Padre](#)

[¿Qué ofrecen las instituciones a las mujeres maltratadas?](#)

[Bibliografía](#)

Introducción

La manera en que una época trata la histeria, nos da finalmente precisas indicaciones sobre lo que pueden ser sus ideales.

Charles Melman

La histérica sigue ofreciendo su cuerpo como lugar donde descifrar su saber, donde denunciar que el falo es un semblante que a ella no satisface por completo. Sus síntomas han variado pero no han desaparecido. Ya no es la bruja ni la loca, pero sigue reclamando por su singularidad: esterilidades psíquicas, anorexias, bulimia, frigidez, erotomanía, síntomas que, muchas veces, dan cabida a ese lugar tercero que el debilitamiento del Nombre del Padre no pudo producir con claridad.

Sus síntomas son aislados por el amo moderno de su estructura, acallados por la posibilidad de la remodelación de los cuerpos, la cirugía, los hijos hechos a la carta. Todo es comprable, todo es posible, la técnica al servicio del capricho.

Por desconocer su deseo, reclama un amo que le descifre su saber. Así, ofrecerá su amor al hombre, pudiendo llegar a mostrarle a través de los semblantes cómo debe serlo. Es tanto su amor que puede enfermar por él, pero no por cualquiera, sólo por aquel al que sostiene, y por su amor lo convierte en amo. Es decir, lo persuade de que posee lo que a ella le falta, para así completarse. Entre los dos tendrán que dar cuerpo a la ilusión del Uno del amor, imposibilidad que muestran sus síntomas, pues siempre será por su culpa y esto lo aleja del terreno sexual.

De la histeria hoy podemos decir que es una estructura compuesta por un goce marcado en la exclusión. Un fantasma en donde se pone en juego la reminiscencia construida de una escena de seducción, relacionado con un deseo demandado al Otro, lo que produce una particular manera de desear que remite siempre a la insatisfacción y lleva a producir un discurso, el histérico, determinado por un lazo social con el otro. El amor al amo tendrá un lugar preponderante, deberá proporcionar un goce absoluto, demanda imposible, ya que sólo encuentra un goce fracasado.

Hablamos de histeria en femenino, pero también es masculino, aunque al referirnos a ella algunas veces se haga en femenino por tratarse del posicionamiento de un sujeto ante la castración. Hay que señalar que la histeria no es sin sexo, ya que se presentan distintas maneras de abordar la seducción paterna: del lado femenino se trata de restituir su figura y el histérico varón organizará defensas ante el temor de ser feminizado por el padre. Fuera del Psicoanálisis aparecen desmembrados, alejados entre sí, inexistentes, cuya voz

no tiene cabida para la ciencia, desconociendo que si se adoptan distintos semblantes, personalidades diversas, es porque están dirigidos a Otro que permanece ciego, sordo y mudo a sus reclamos. Sin el Otro no podrá hacerse con su saber no sabido, a él va dirigido todo su esfuerzo seductor.

La cura psicoanalítica confirma su discurso, remitiendo a todos los pacientes a pasar por los desfiladeros del discurso histérico, incitándolos a hablar desde su posición subjetiva. La relación del Psicoanálisis con la histeria continúa siendo privilegiada.

1

Evolución del concepto “histeria”

Si hay un componente común en la historia de la histeria es la preocupación, desde la Edad Media hasta nuestros días, por intentar legislar el goce díscolo que empuja a las mujeres histéricas en su vida cotidiana.

A las primeras histéricas se las relacionó con prácticas ajenas a las religiones oficiales. Cuando su influencia se extendió en la población, dejando de ser hechos aislados para convertirse en pasiones colectivas, adquirieron la denominación de peligrosas. Esto lleva a la Iglesia, a través de sus leyes, y a la incipiente medicina a tomar drásticas medidas para evitar el desorden que producían. Las brujas y las hechiceras terminaron en la hoguera; y podría decirse que a una sexualidad desbordante, endemoniada, le correspondió una medida purificadora simbolizada por el fuego.

Una enfermedad como cualquier otra

Charcot, jefe del Hospital de La Salpêtrière, se interesó fuera del ámbito religioso por esas mujeres con frecuentes ataques y síntomas de conversión, pero en sus observaciones no encontró lesiones orgánicas en los males que las aquejaban. Para su sorpresa y la de sus discípulos descubre que determinadas situaciones podían ser provocadas por el método hipnótico, que desde 1843 había comenzado a difundirse en los ambientes médicos. El hipnotizador por sugerencia podía, por ejemplo, provocar, modificar o suprimir cambios en la conciencia, y también podía provocar que parálisis, mareos o vómitos desaparecieran al despertar de forma independiente a la voluntad del hipnotizado.

Se crea una gran función teatral, donde las histéricas muestran sus convulsiones y los médicos las contemplan. Escenifican una y otra vez, varias veces al día, de modo que sus espectadores puedan especular acerca del órgano donde se encontraba el útero errante.

De esta etapa con Charcot, la histeria logró la separación definitiva del mito de mujeres poseídas por el demonio. Pero, por otro lado, se encontró encerrada en el hecho

contradictorio de ser considerada una enfermedad como las demás, pero producida por la sugestión, lo que limitó el reconocimiento de sus síntomas como entidad psicopatológica.

Del pitiatismo al DSM-IV

Babinski, alumno de Charcot, atraído por la posición positivista creyó que todo lo que no se explicaba, no se veía, no se palpaba, caía fuera del campo de la conciencia y de la medicina. El esfuerzo por introducir la medicina en el ámbito de la ciencia comienza a dar sus frutos.

Propuso sustituir la categoría de la histeria por la de "pitiatismo". Estos enfermos estaban fuera de la realidad, simples simuladores y manipuladores. Si la histérica, como él pensaba, no se curaba con los medios que proponía "era porque no quería curarse".

Esta caracterización la medicina científica aún la conserva, como lo demuestra su teoría y por supuesto su escucha.

El Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, el DSM-IV, pulveriza el concepto de estructura histérica, legado por la psiquiatría, para convertirlo en "trastornos histriónicos de la personalidad", es decir, "fijado por patrones permanentes de experiencias subjetivas que se apartan de las expectativas de la cultura del sujeto". Para su diagnóstico como tal deberá cumplir cinco o más ítems, entre los que se encuentran los siguientes:

Ser el centro de atención, seductora o provocadora, emocionalidad cambiante, utiliza el aspecto físico para llamar la atención, habla de manera subjetiva, teatraliza sus emociones, sugestionable y considera las relaciones más íntimas de lo que son en realidad'.

Esta idea permite a Harold Kaplan y a Benjamín J.Sadock aconsejar a los jóvenes practicantes de medicina y psicología lo siguiente:

¡Cuidado!, son seductoras con el médico debido a una necesidad de asegurarse de que son atractivas, se muestran intimistas en las relaciones con el médico, debe saber mantenerse tranquilo, comprensivo, firme y renunciar a la coquetería... La paciente no quiere en realidad seducir al médico, sino que probablemente no conoce otra manera de conseguir lo que necesita. En la superficie pueden parecer encantadoras, socialmente normales e inteligentes, esto es el resultado de años de perfeccionamiento de la práctica de conductas que saben que son las adecuadas, y que consiguen interpretar casi como un acto².

Parecería que las brujas, las hechiceras, las seductoras y las provocativas asumen un papel activo que deja eróticamente pasivos a los jóvenes médicos. Siguen siendo temidas y, como en otras áreas de conocimiento, "dividir para reinar". Por decreto ya no existen las estructuras, ahora se diagnostican trastornos de comportamiento más fáciles de medicar.

Las histéricas, satisfaciendo las miradas médicas, se presentan desparramadas en sus síntomas corporales, siempre ofreciendo un órgano nuevo donde presentar su malestar.

Esto propicia la propuesta de técnicas reparadoras, rayos X, análisis, ecografías, infinidad de pruebas que después le permitirán medir estadísticamente la fiabilidad de las mismas.

Mientras que algunos médicos sigan preocupados por satisfacer las demandas que les hacen los laboratorios, cada vez serán más desubjetivizados sus actos. Los nuevos fármacos marcan modas diagnósticas, épocas donde sólo se detectan depresiones, ansiedades, estrés, lo que imposibilita a los sujetos el encuentro singular con su verdad encerrada en el síntoma.

La histérica se presta a ese ensayo porque tampoco en un primer momento desea subjetivarse, su palabra está vacía de ella, no se compromete, es decir, se ahorra el cuestionamiento de su deseo, por eso espera que el médico descifre su sufrimiento. Es su interlocutor privilegiado, y a él se dirige seductoramente, transportando su malestar. Deambula de especialista en especialista sin encontrar nada ni nadie que produzca un saber sobre su desdicha, pero sigue intentándolo.

Crea esos amos, pero cuando los abandona les dice: "No es eso lo que quería", "No me entiende", produciéndose una ostentación fálica que lleva a la caída del saber médico y a veces del propio médico. Ellos la llamarán ingrata y simuladora: "No se cura porque no quiere".

Sólo con la intervención del Psicoanálisis esta voluntad, considerada contraria a la curación, ocupa un lugar importante en el tratamiento de las neurosis. Ya no es objeto de reproche, sino de análisis, lo que marca una diferencia esencial con otras teorías.

La definición que da Babinski de la enfermedad, como susceptible de su localización anatómica mediante la comprobación empírica y evidente de la lesión, ha convertido la histeria en lo que no existe para la neurología, como denuncia Henri Ey: "Si el síntoma no puede ser reconocido objetivable, el paciente es rechazado como simulador, no tiene nada orgánico, no tiene nada".

Algunos médicos y psicoterapeutas, al creer que la histeria es una enfermedad

simulada, intentan hacerla entrar en sus normas, salir de esa marginalidad que su queja produce. Cuando los laboratorios no han dado con la píldora de la felicidad, los consejos caen a raudales: "Debes casarte, tener hijos, trabajar, estudiar, salir más". Pero ella, muy obediente, termina diciendo: "No era eso".

Desconocen el concepto de deseo inconsciente, aquel que anida en el discurso histérico, por lo tanto no pueden escucharla, pero a la hora de despedirla le dicen: "A usted no le pasa nada, es una histérica insufrible".

Como último recurso la envían a los profesionales de la psicología científica, que utiliza el mismo manual DSM, y con las mismas advertencias efectúan el tratamiento.

Esos curanderos modernos, que comparten los mismos temores de la época precientífica, desconociendo a Freud, negocian con decálogos morales, para todos iguales, su inclusión en la lista de los ciudadanos con buena salud mental. Se les recordará lo que se espera de ellas, y de qué manera conseguirlo. Si son "buenas", reforzando los cuidados paternos, les premian su obediencia, pero la mayoría de las veces reciben a cambio regañinas con el fin de orientar a esas niñas díscolas.

Aunque para la medicina científica y para el DSM la histeria como estructura psicopatológica no existe, ellas insisten, su goce está presente en sus crisis, en sus vómitos, en sus demandas, en su creación de amos y sus caídas. Ellas denuncian que su sufrimiento no es por una necesidad que se pueda satisfacer con cualquier bien, lo que deja desorientados a los que ofrecen tan apetitosos manjares.

El encuentro de Freud con la histeria: el psicoanálisis

Freud, también alumno de Charcot, deduce que los síntomas histéricos entrañan un sentido que tiene una significación desconocida, extraña para el sujeto que las padece y que no son para nada accidentales. En La Salpêtrière las histéricas habían sido liberadas de las consideraciones religiosas, para pasar a ser una enfermedad como cualquier otra. La facilidad para la sugestión les había restado credibilidad.

No encontró Freud ninguna referencia psicológica que le permitiera ir más allá de la visión de las crisis que las histéricas desarrollaban en sus cuerpos.

Alejándose del espectáculo visual, pudo captar la escisión de la conciencia de esas mujeres, pero desconocía, igual que ellas, los motivos por los cuales escenificaban su sufrimiento. Desde ese momento Freud queda prisionero de su deseo de "construir una teoría psicológica de la histeria".

Isabel R, paciente de Freud, le reprocha sus frecuentes intervenciones, que interrumpían el discurrir de su pensamiento. Ya no se ofrecía a la vista del médico, y éste la invitaba a asociar libremente: "Puede hablar de todo aquello que acuda a su mente, aunque le resulte vergonzoso, incoherente o trivial"³, así surgió el método psicoanalítico.

De esta manera disponía de un abundante material, que si bien no aportaba los elementos olvidados, posibilitaba la reconstrucción a través de determinadas interpretaciones, quedando en evidencia que el sujeto lucha contra una resistencia constante y muy intensa.

El estudio de diferentes fenómenos relacionados con esas resistencias posibilitó formular la teoría de la represión. Lo reprimido tiende a expresarse por medio del cuerpo en la histeria de conversión, parálisis, cegueras, pero también en síntomas psíquicos, delirios, alucinaciones, evitaciones.

La represión de alguna idea relacionada con un deseo que el sujeto descarta por considerarla éticamente intolerable no triunfa totalmente, más bien fracasa, permaneciendo en el inconsciente, en espera de poder activarse. Cuando sucede lo hace a través de formaciones sustitutivas, disfrazadas, que son las que se encuentran en los síntomas.

Pero sobre todo Freud consideró que los hechos más importantes debían ser buscados en factores de la vida sexual, en sucesos que tuvieron lugar en la infancia, lo que le llevó a abordar un tema tabú para la sociedad vienesa: "la sexualidad infantil".

Algunos incidentes sexuales, cuyo recuerdo el sujeto no pudo simbolizar, se transforman en patógenos, es decir, favorecedores de síntomas.

Las histéricas no sólo recuerdan los dolorosos momentos que tuvieron en la infancia, sino que parecen adheridas a ellos. No se separan del pasado y eso les hace descuidar su vida presente. Esta fijación a los traumas patógenos permite afirmar que las lesiones corporales no son las causantes del horror, sino que con la vivencia que suscitan los afectos penosos se construyen fantasías, que pasarán a formar las reminiscencias neuróticas.

En la histeria no se encuentra un gran trauma, sino varios que conforman una densa trama en su historial. El recuerdo del trauma, ahora llamado psíquico, obra entonces como un cuerpo extraño al sujeto, imposible de reconocerlo como propio.

Más tarde dará cuenta del automatismo de repetición, es decir la tendencia de los sujetos a reproducir el mismo tipo de tensión al que estaba habituado, y de buscar en la satisfacción el mismo fracaso que lo había constituido originalmente. Por eso el sujeto

está más preocupado por la repetición que por la solución del malestar.

Estructura histérica

La histeria es una categoría estructural prefreudiana a la que el psicoanálisis dotó de una teoría.

Es sabido que el psicoanálisis se ha ido desarrollando a la par que los hallazgos de la etiología de la histeria. Los conceptos de represión, deseo, fantasía, así como las formaciones del inconsciente, síntomas, sueños, fallidos, chistes... dieron las claves de las neurosis y de una teoría general del aparato psíquico.

En la carta 61, dirigida a su colega Fliess, Freud le anuncia que las tres neurosis (histeria, neurosis obsesiva y paranoia) presentan los mismos elementos, fragmentación de recuerdos, impulsiones y ficciones, pero la inscripción en la conciencia es diferente.

El psicoanálisis logró relacionar en una misma estructura histérica diversos modos clínicos, que se traducen en la manera de existencia de los sujetos. Al no presentar cuadros clínicos puros se puede hablar de síntomas mixtos, pero no de disolución estructural.

Los hechos aislados superficiales no justifican un diagnóstico que clasifique la pertenencia a una determinada estructura. Muchas veces se consulta por molestias, como el caso de Dora, cuyo motivo esgrimido fue una tos considerada nerviosa. Si Freud se hubiese fijado solamente en ello, la paciente no hubiera podido hablar de los numerosos síntomas que manifestó durante el tratamiento, y que al articularlos en su deseo inconsciente permitieron escuchar una estructura histérica.

El análisis de los síntomas sólo tiene valor si es articulado en una estructura.

Esto llevó a Freud a asegurar que una cura nunca es igual a otra, que aun perteneciendo a la misma estructura cada uno la llena con su propia subjetividad, la cual debe ser tomada en cuenta.

Hablar de la histeria psicoanalíticamente es hablar de una estructura donde se mantiene el estatuto del sujeto dividido, entre la conciencia y la inconsciencia, y no de un objeto de investigación.

Para la histeria el campo del inconsciente es su propio cuerpo, que a través de sus síntomas descifra como una inscripción, allí encuentra la estructura de un lenguaje que le preexiste y donde es sólo su efecto.

Esta concepción modifica el lugar del diagnóstico estructural. Ya no es algo que se pueda calcular en las primeras entrevistas, sino en el cómo el inconsciente se va formando a través del lenguaje.

Es en la articulación del síntoma con el deseo inconsciente donde se va formando, por eso para Lacan la histeria, la neurosis obsesiva y la fobia son consideradas invenciones clínicas de los sujetos que se van construyendo con el lenguaje.

En Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión Lacan dice: "El hombre no piensa con su alma como lo imagina el filósofo. Piensa porque una estructura, la del lenguaje, la palabra, lo implica; una estructura recorta su cuerpo y nada tiene que ver con la anatomía"⁴. De ahí que lo importante para el sujeto no es la toma de conciencia sino la verbalización, poder decir aquello que no había podido enunciar por vergonzoso, por prohibido, que le mostrará su deseo inconsciente.

El retorno a Freud que efectuó Lacan significó, entre otras cosas, un reconocimiento de los diferentes diagnósticos usados por aquél, y un esfuerzo por delimitar las estructuras clínicas.

En relación a la histeria dio cuenta de los rasgos ya percibidos por Freud (fantasma de seducción, bisexualidad, insatisfacción del deseo), pero también desarrolló el concepto de goce, diferenciando entre goce fálico y goce otro femenino, que presenta a la mujer dividida en su forma de gozar, pues no toda es en el goce fálico, concepto que se desarrollará posteriormente.

Al considerar al inconsciente como social, los síntomas cambian, los tipos clínicos se multiplican y son necesarias nuevas satisfacciones para evitar las frustraciones que toda sociedad produce.

Es un hecho que la gran neurosis histérica, caracterizada por ataques y síntomas de conversión, ha sido reemplazada por nuevos síntomas que muestran nuevos malestares. Pero eso no quiere decir que la estructura histérica haya desaparecido, sino que la histeria tiene nuevas formas de manifestarse. Por otro lado, Lacan desata el nudo que mantenía la conversión como sinónimo de histeria, considerándola como una manifestación del cuerpo fragmentado que cualquier neurosis en algún momento puede presentar, sin que por eso haya de ser considerada como histeria.

Las "Doras" actuales han dejado de ser vistas, desde el psicoanálisis, como un útero enfermo que afecta al psiquismo, para convertirse en el efecto de una fantasía sexual, cuyo rastro a través del goce se expande por el cuerpo, manchas en la cara después de una disputa violenta con su madre, amnesias a continuación de un intento de seducción, llantos o risas incontrollables.

Ante los manuales de comportamiento que proponen medidas consideradas útiles, para conseguir el bienestar de las "trastornadas histéricas", el psicoanálisis rechaza la ostentación hecha por los amos de turno, reconociendo solamente en la relación del sujeto con la palabra la vía donde encontrar la conexión con el deseo inconsciente.

Bibliografía

- 1DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, 1995. Masson, España.
 - 2Harold Kaplan y Benjamín Sadock (1999): Sinopsis de psiquiatría. Ciencias de la conducta. Psiquiatría clínica. Editorial Médico Panamericana, España.
 - 3Sigmund Freud y J.Breuer (1987): Estudios sobre la histeria. Historiales clínicos. Tomo II. Amorrortu, Buenos Aires.
- JacquesLacan (1993): Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Anagrama, Barcelona.

2

Del trauma al fantasma

Desde 1892, en los manuscritos y cartas que Freud envía a Fliess la sexualidad es propuesta como la causa principal del desencadenamiento de la neurosis histérica. Comenzó considerando la disposición hereditaria como la causa de la enfermedad, más tarde el inadecuado uso de la misma que hacen las mujeres célibes, para basarse posteriormente en la causalidad traumática de los síntomas. Un accidente sexual anterior a la pubertad, padecido con asco y temor, que no se pudo elaborar en su momento se transformó en patógeno, precipitándose en forma de síntoma. En un primer momento la niña no lo había vivido como tal, por eso no tenía recuerdos de carácter sexual. Un segundo incidente en la pubertad le recuerda la escena primera, pero ya con contenido sexual.

El caso Emma publicado en el "Proyecto de Psicología." 1 permitió a Freud ejemplificar su construcción.

[...] Emma era una joven mujer que no podía ir sola a ningún comercio. Recuerda que a la edad de 12 años, estando en una tienda, vio a dos empleados que se reían entre ellos, y sin saber por qué se aterroriza y sale corriendo. Sugiere que se reían de ella por su vestido y que uno de ellos le había gustado. Freud no encuentra en la vestimenta actual motivos para esa reacción, ya que se viste como una dama. Sigue escuchando, una nueva asociación le descubre un segundo recuerdo. A la edad de 8 años fue a una pastelería a comprar golosinas y el tendero le pellizcó los genitales a través del vestido. No obstante, acude una segunda vez y es esta segunda vez lo que se reprocha. Podría haber evitado su vuelta a la pastelería y por eso que se acusa de haberlo provocado.

A este malestar Freud lo llamó "estado de mala conciencia oprimiente". Es un rasgo muy frecuente en la histérica, que, de alguna manera, a través de sus síntomas se culpabiliza de sus deseos inconscientes, alejados de su moral.

En la cadena asociativa, Emma relaciona las dos escenas por medio de la risa, los empleados quedan unidos a la risotada del pastelero y también por un vestido inadecuado que no la protege. El recuerdo produce un desprendimiento sexual, que en un primer momento no se había producido, y a partir de allí se transpone en angustia. Teme que los jóvenes puedan repetir el atentado. Nuevamente se encuentra sola en un negocio con un

hombre y con un vestido que no le cubre la excitación sexual que la escena le produce, pero esta vez sí puede escapar.

El encuentro con su goce que Emma no pudo elaborar se transformó en patógeno "après-coup", es decir con posterioridad, lo que lo convirtió en trauma.

La relación de la histeria con el símbolo está marcada por el desconocimiento de su significación. Emma no pudo relacionar en un principio la risa de los hombres y su vestido con el afecto que sintió, con posterioridad, al pellizco sexual.

Freud escucha en sus pacientes histéricas un relato similar al de Emma, estaban allí de alguna manera denunciando haber sido víctimas de una seducción. En un principio pensó en la seducción de la niña por un familiar próximo, un tío o el propio padre, como causante del trauma sexual.

En la correspondencia que Freud mantuvo con Fliess² se hallan importantes observaciones sobre la histeria. En la carta 52 relata que la histeria se le insinúa cada vez más como consecuencia de una perversión del seductor, y la herencia cada vez más como seducción por parte del padre.

Encuentra a veces en la misma neurosis un primer momento perverso y, a continuación, una reacción histérica a partir de un período de angustia, lo que le lleva a definir la histeria como una estructura compleja cuya sexualidad desautorizada puede mostrarse con el ropaje de una perversión desautorizada.

Definir si las histéricas son víctimas o impostoras de la seducción de la que se quejan llevó a posiciones extremas no sólo a la medicina y a la psicología, como se vio en el DSM-IV, donde se las define cercanas a la simulación profesional, sino también a movimientos sociales amparados en algunas teorías feministas, donde la queja histérica encuentra su lugar de expresión. Lo cierto es que cien años después de que Freud publicara sus textos sobre la histeria, en muchos debates sobre temas relacionados con las mujeres resurgen las diferentes posiciones que las consideran o bien seductoras o bien seducidas, sin poder ni unos ni otros considerarlas, en su diferencia, una a una.

Pero en esta carta Freud también presenta nuevos conceptos. Descubre en la sintomatología que presentaban sus pacientes que el ataque de vértigo, el llanto, el mutismo estaban dirigidos a otro, a alguien a quien reclamaban su interés, pero la mayoría de las veces es a ese Otro, prehistórico inolvidable, a quien nadie podrá igualar, ese Otro al que Lacan localiza como anterior y a la vez exterior al sujeto, y que a pesar de ello lo determina, diferente del otro, del semejante imaginario, donde la histeria pone en juego su deseo insatisfecho.

El encuentro con la fantasía

Es en la carta 59 donde Freud comienza a mencionar la particular fuente de producción inconsciente que son las fantasías. En un primer momento, debido a la imaginación de sus primeras pacientes, lo relaciona con un mecanismo solamente histérico, pero después dirá que las fantasías están presentes en todas las neurosis, formalizadas con el propósito de bloquear el encuentro con recuerdos penosos que se pueden sublimar, es decir pasar a otra satisfacción o convertirse en síntoma, aunque lo real, sujeto a una comprensión imaginaria, es un mecanismo del síntoma histérico.

Freud construye una articulación teórica que define la fantasía como un funcionamiento transindividual. Las fantasías se establecieron por cosas oídas a los padres y los antepasados y que posteriormente se valorizaron, unidas a lo visto por el sujeto, y la vez relacionadas con un deseo pasado y proyectado en el futuro. Es decir, pasado, presente y futuro relacionados por el deseo, y la conexión estaría dada por una palabra, por un significante.

No se trata de experiencias individuales deformadas por algunas mentes, sino que dan cuenta de una estructura inconsciente que sólo a través de sus manifestaciones se pueden conocer.

Es en la carta 69 donde Freud declara: "Ya no creo más en mi neurótica". Las continuas desilusiones producidas por las dificultades que encontraba para llevar a buen término los análisis, interrumpidos en momentos que parecía próximo el esclarecimiento del síntoma y sobre todo la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser considerado como el seductor perverso, "sin excluir a mi propio padre", le hizo pensar que la perversión contra los niños no era tan frecuente como aparecía en la queja de sus pacientes. Sostiene que es imposible distinguir la verdad de la ficción investida con afecto, porque en el inconsciente no hay signos de realidad. Tal construcción teórica produjo el abandono de la teoría de la seducción por el padre como causante fundamental de la histeria.

Posteriormente, insistirá sobre la seducción de los adultos sobre los niños, diciendo que es mucho más frecuente de lo que se cree, es decir no niega que ocurra, pero aporta a la teoría de la seducción un elemento fundamental. Las fantasías poseen el mismo valor patógeno, en el psiquismo, que los acontecimientos sucedidos, "las vivencias infantiles construidas en análisis o recordadas son unas veces irrefutablemente falsas, otras veces son con certeza verdaderas, y en la mayoría de los casos una mezcla de verdad y falsedad". Así se construyó uno de los conceptos fundacionales del psicoanálisis, el de realidad psíquica, opuesta a la realidad material, pues al estar basada en deseos inconscientes produce a través de fantasías una singular manera de existir.

Éste es un tema muy discutido y muy mal interpretado por aquellos que desconocen la articulación de los conceptos psicoanalíticos. El psicoanalista escucha la construcción que cada paciente hace de un hecho traumático, haya ocurrido o sea producto del significante en el cuerpo de quien lo sufre. No niega que estos hechos puedan ocurrir, pero con lo que se trabaja es con la palabra, intentando desanudar aquello que el síntoma ha ligado.

La expresión de Aristóteles "la proton pseudos", premisa mayor falsa en un silogismo que da como consecuencia una conclusión falsa, fue utilizada por Freud para referirse a este mecanismo, al que llamó "proton pseudo histórica"³, un falso enunciado a continuación de un falso supuesto. La mentira histórica tiene la particularidad de surgir de un falso enlace que trata de ordenar dos escenas en las que los histéricos se encuentran, de alguna manera, convocados desde sus fantasmas.

Fantasías diurnas

Los sujetos no suelen renunciar fácilmente a aquello que les produce placer. Si lo que lo causa es algo que se considera prohibido o imposible, intentará cambiarlo por otra cosa que le resulte más aceptable. Los deseos puestos en el fantasma también producen una satisfacción, aun sabiendo que no corresponde con la realidad presente. Se construyen como respuestas a las demandas exteriores pero posibilitando la libertad para seguir gozando.

El niño, a través del juego y de los sueños, logra hacerse con las dificultades de la vida, y de ser un sujeto pasivo, pendiente de los cuidados de los mayores, pasa a controlar y a dominar su actividad. Pero el adulto no juega, sus fantasías le dan vergüenza, por eso las esconde, como dice Ana O son cosas de su "teatro particular". Se las considera algo muy íntimo muy difícil de comunicar, ya que están construidas por deseos sobre los que pesa una prohibición.

Freud sugiere que en las mujeres las fantasías están formadas por deseos eróticos. Su ambición fundamental sería lograr ser amadas por quienes ellas deseen, mientras que en los hombres son los deseos ambiciosos los que los gobiernan, aunque las ambiciones masculinas suelen, de forma escondida, más o menos desfigurada, estar dirigidas a alguna dama. Podemos decir que tanto los deseos ambiciosos como los eróticos, es decir los femeninos y los masculinos, están marcados por la búsqueda del amor.

En relación a la histeria las fantasías diurnas de contenido delirante son muy frecuentes. Son cumplimientos de deseos engendrados en la añoranza de un paraíso que alguna vez creyó tener y que después perdió.

Victoria, joven mujer, relata que a la hora de la siesta, cuando su familia se ha marchado, se sumerge en su "mundo privado" donde escenifica distintas situaciones. Puede haber seducido o haber sido seducida por un político importante o el actor de la última película que la emocionó. El personaje es siempre variable, lo que permanece estable es su lugar en el fantasma, el protagonismo que adquiere por estar con ellos. Algunas veces el ama de casa se convierte en primera dama, en otras ellos quedan endeudados, porque le deben todos sus éxitos, situación que los obliga a satisfacer todos sus deseos. Después de disfrutar de la escena, dice riendo: "Regreso a la ingrata realidad que me ha tocado vivir".

Victoria es una mujer que cuida abnegadamente a su familia, procura satisfacerlos siempre que puede. A través de la fantasía y de sus cuidados maternales logra el ideal de lo que para ella significa el amor hacia los suyos y, sobre todo, "ser una mujer especial" para los hombres. En los momentos donde el placer se encuentra libre de cualquier relación con la realidad todo está permitido, como cuando era la niña de papá, se abandona a un goce errante y el Príncipe azul la rescata de su vida familiar, allí es la mujer especial. La forma que encontró de encausar su goce fue a través del deber mezclado con escapes en las fantasías eróticas.

Estas fantasías histéricas, cuando son conscientes, no siempre se convierten en síntomas, pues participan de la vida amorosa, pero pueden volverse inconscientes y de esa manera convertirse en patógenas.

El contenido de las fantasías inconscientes histéricas corresponden a las satisfacciones que los perversos llevan a cabo conscientemente, y éste es el motivo fundamental de su ocultamiento, ya sea mediante el asco, la vergüenza o la evitación. Esta misma mujer, las pocas veces que está con su pareja, se acompaña de fantasías: que ocupa el mismo lugar que en la masturbación, que está con otro hombre (cosa bastante frecuente) o representa el papel de ser otra mujer en brazos de su marido. En otros casos la fantasía es ser el hombre y a la vez la mujer, así se identifica con el hombre, se coloca en su lugar en la cama y desde allí interroga a la mujer que ella quiere ser.

En los síntomas histéricos se encuentran dos pulsiones contrapuestas, una de carácter sexual y otra que la sofoca, una de carácter masculino y otra femenino, una activa y otra pasiva, una palabra que dice no y un movimiento de cabeza afirmativo.

En la base de muchas quejas histéricas está la incomprensión que dicen encontrar en sus interlocutores amorosos cuando sólo consideran alguno de los movimientos aislados y no la relación activa y al vez pasiva que está en juego.

Pero lo cierto es que la histérica también queda atrapada en su mundo de fantasías y

no sabe, muchas veces, si eso que relató le pasó de verdad a ella o es un argumento plagiado. Lo ha contado y vivenciado con tanta lejanía que ni ella ni su interlocutor saben a quién corresponde. A menudo dice: "No sé si esto me pasó o me lo estoy inventando", pero no intenta responder lo que parecía una pregunta, lo transforma rápidamente en un movimiento para atraer la atención sobre otro aspecto de ella y, a veces, cuando aparece el deseo de saber, un gesto o algún comentario no esperado es suficiente motivo para volver a la queja, "no, no era así", y continúa gozando en su fantasma, nadie la entiende, nadie la comprende, tampoco ella.

Lacan⁴ cierra el debate diciendo que "lo esencial no es que el sujeto sea o no plagiario, sino que todo su deseo es plagiar, ya que le parece imposible formular algo que tuviera un valor si no lo toma prestado de otro". Deseo de un deseo.

Construcción de la novela familiar

Cuando los padres dejan de ser esas personas llenas de cualidades, que por la inmadurez del niño cree tener, se inventan nuevos padres más poderosos, más ricos y donde la belleza de la madre cierra el círculo fálico.

A esta construcción Freud la llamó "novela familiar del neurótico", como respuesta a la castración. Lo insoportable que resulta ser desposeído de esa familia maravillosa, que de niño creyó tener, es lo que obliga al sujeto a inventarla en conexión con los fantasmas paternos y las primeras presentaciones que hacen las histéricas de ellas y su familia son hechas desde ese lugar: su infancia fue feliz, su padre potentísimo, su madre la más bella. Es una construcción que se realiza independientemente de la estructura y de la posición sexual.

Son necesarias muchas sesiones, a veces meses, para que esa novela pueda resquebrajarse, para que el dictado fiel del fantasma paterno entrecruzado con el suyo dé paso a una posición distinta. La fisura permitirá el abandono de una de sus máscaras. Ni era su padre tan genial ni la madre tan espectacular, por lo tanto ya no será heredera de un legado de poderío y belleza, es decir del falo, y eso la llena de ira. Posteriormente aparecen los reproches a propios y extraños. Si ella quisiera, sólo con proponérselo lo sería, es que no quiere, no hace nada por ello, es muy vaga. En otro momento responsabilizará a otro, porque por mucho o por poco le ha sustraído lo que ella hubiera podido ser.

En estos despliegues del fantasma los histéricos muestran "para quien los pueda escuchar" sus proyectos, sus deseos, unidos siempre a la imposibilidad de realizarlos. Se resalta la escucha porque entre desecharlos como cuentos de "Antoñita la Fantástica" o considerarlos como el efecto del deseo arcaico, pero también del actual, se muestra el

abismo que hay entre, por una parte, la concepción de la histeria sostenida por el psicoanálisis y, por la otra, las psicoterapias que denuncian este mecanismo como pura simulación, carentes de credibilidad, las cuales manifiestan el desconocimiento acerca de la relación directa que existe entre el fantasma y los acontecimientos vividos, porque éstos son producciones inconscientes que intentan sustituir la realidad no deseada por otra más amable para el sujeto. Su construcción en el análisis es una operación fundamental que procura responder a una falta de base de todo sujeto dividido.

Bibliografía

- 1 Sigmund Freud (1982): "Proyecto de Psicología". Obras completas. Tomo 1, p. 325. Amorrortu, Buenos Aires.
- 2 Sigmund Freud (1982): "Fragmentos de la correspondencia con Fliess". Obras completas. Tomo 1, p. 274. Amorrortu, Buenos Aires.
- 3 Sigmund Freud (1982): "Proyecto de Psicología". Obras completas. Tomo 1, p. 400. Amorrortu, Buenos Aires.
- 4 Jacques Lacan: La lógica del fantasma. Seminario XIV, inédito.

3

De los fantasmas fundamentales al fantasma lacaniano

En la 23 conferencia' Freud da un giro fundamental en relación al fantasma, modifica radicalmente su posición. Deja de considerarlo una producción imaginaria más o menos consciente, para situarlo como una producción que es a la vez efecto de deseos inconscientes arcaicos y base para los deseos conscientes e inconscientes actuales.

A través del discurso de sus pacientes observó que todos, de alguna manera, se referían a tres hechos: "a la observación del comercio sexual entre sus padres, a la seducción por un adulto y a la amenaza de castración". A estos hechos los llamó fantasmas fundamentales originarios, que son diferentes de los sueños diurnos en que sobrepasan las vivencias propias: "Parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía (la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración) fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica."

Según las teorías infantiles de la sexualidad, los niños intentan construir respuestas a lo que si bien aparece en lo real, en escenas que ellos pueden ver entre animales, en películas, en revistas, sin embargo en lo simbólico no encuentra explicación. Se busca en el campo de lo imaginario los orígenes de cada sujeto.

Las fantasías primordiales, dice Strachey, traductor de las obras de Freud, y la posibilidad de que fueran heredadas se basaron en el análisis del caso del "Hombre de los lobos", pero de los hallazgos clínicos quizás el principal fue la revelación del papel determinante que tuvieron en la neurosis del paciente sus mociones femeninas primarias, su muy marcada bisexualidad. El paciente sustituyó la humillación que le produjo su precoz hermana por una fantasía que modificaba el papel pasivo por uno activo, más acorde con sus deseos. Y de esa manera modificaba los hechos originarios, ya no sería humillado por su hermana sino humillador, evitando así la castración.

En la histeria, como se vio en el caso Emma, también el papel pasivo es causante de displacer, mostrándolo a través de los síntomas. La construcción de un fantasma que bien puede ser de evitación o de degradación es la forma que encontró de resarcirse de los reproches acerca de su pasividad. Interrogantes como "por qué no lo hizo" o "por qué no lo dijo" se escuchan frecuentemente en las quejas histéricas.

Es el elemento pasivo, femenino, lo genuinamente reprimido, afirma Freud, tanto en las mujeres como en los hombres, al establecer la primacía del falo para los dos sexos.

La castración es esa cicatriz imaginaria, que posteriormente será también simbólica y real, presente en todos los fantasmas neuróticos, y a la que la histérica en su variante activa-pasiva muestra su rechazo. Hay que señalar que la castración recayó sobre todo en la madre, primer Otro donde se instauró una falta simbólica.

La histérica se dirige al Otro como forma de obtener un saber que la aproxime a su posición sexual y mantiene, igual que cuando era niña, los fantasmas originarios como respuesta a la diferencia de los sexos. De esa manera los construye no sólo con sus recuerdos, sino también con cosas oídas o sospechadas de sus progenitores, es decir que en los fantasmas de sus padres encuentra material para los suyos propios y a veces cuesta diferenciarlos. Esa "otra escena" con la que todo sujeto es recibido al nacer está formada por los fantasmas de cada uno de los padres. A esto Freud lo llamó filogenético y con Lacan diríamos perteneciente al campo del Otro.

Lacan articuló la constitución del fantasma en los tres registros:

Dimensión imaginaria. Todo aquello que se produce por la relación del sujeto con sus imágenes.

-Dimensión simbólica. Aspecto escondido que se construye en una frase o pequeña historia determinada por el lenguaje.

-Dimensión real. Es la fundamental, formada por aquello que resultó imposible de decir, ya que en su momento no pudo ser simbolizado, pero que no es motivo para que el sujeto no deje de encontrarlo. El afecto está desplazado, irreconocible, pero no suprimido, y aparece obturado, o por lo menos apaciguado, en el fantasma, pretendiendo realizar una articulación entre lo real y lo simbólico.

En La lógica del fantasma Lacan dirá: "El fantasma es, seguramente, de una forma más estrecha que todo el resto del inconsciente, estructurado como un lenguaje. Es una frase, dotada de una estructura gramatical que implica que ahí se articula la lógica".

Se formula de manera cerrada, con significaciones rígidas, sin sentido: "Sólo sé que

pegan a un niño", "Martirizar", dicen las pacientes de Freud, lo que hace que el fantasma sea resistente a las interpretaciones.

La monotonía de las actuaciones de Sade, a quien se le suponía un amplísimo muestrario, remite siempre al mismo fantasma. Pueden aparecer varios personajes, el despliegue parece extenso, pero poco a poco, cuando se analiza en profundidad, se descubre que su constitución es la de una frase, que por otro lado le dará un rasgo de singularidad. Se puede decir que el comportamiento de un sujeto es el despliegue de su fantasma, allí hay un lugar para el sujeto, fijo, pero sobre todo escondido.

En el fantasma valen más sus personajes, ciertos elementos aislados, que su totalidad. La mirada, la voz, el seno, objetos a, a los que Lacan llamó su descubrimiento.

También dirá, apoyándose en las construcciones freudianas, que el fantasma es una superficie cerrada que tiene dos nombres, deseo y realidad, pasando de uno a otra sin apercibirse de ello, jugándose a cara o cruz en el discurso del Otro, que es su referencia

En su estructura contiene el - cp, función imaginaria de la castración en una forma oculta, pudiendo pasar de un término a otro.

En este materna Lacan inscribe la estructura de base del fantasma:

$$\$ \diamond a$$

Por un lado el \$dividido, barrado desde su entrada en el lenguaje, se encuentra con el objeto a, fragmentos parciales del cuerpo que funcionan como causa de su deseo. En tanto que perdidos, se suplen por objetos a imaginarios que en algún momento privilegió: mirada que atrae, ese pecho grande o pequeño que se busca, ese tono de voz que calma. Pero también los objetos que se subliman darán un estilo propio al sujeto, determinado por esos trozos de goce que se muestran a través de la palabra, dejando constancia del anudamiento de los tres registros: simbólico, imaginario y real.

El fantasma de la estructura histórica. Forzamiento histórico

En el Seminario de la transferencia³ Lacan produjo un materna especial para el fantasma de la estructura histórica:

$$\frac{a}{(-\varphi)} A$$

En él da cuenta de que no busca en el otro el objeto para su fantasma, sino al Otro

absoluto que le oculte su castración imaginaria.

El histérico se coloca en posición de - cp como un desecho, inservible, poco inteligente, no tiene nada, no puede nada. "La otra mujer" es la que puede, por eso dice Lacan que en el caso de la histérica siempre hay que buscar a "la Otra mujer", la que tiene las respuestas del enigma que supone para ella el sexo.

Freud vislumbró en el carácter histérico un cuadro de represión sexual, resistencia que se manifiesta a través de asco, vergüenza y, sobre todo, con el semblante de la inocencia, que le permite por un lado la apariencia de la ignorancia sexual y por otro un despliegue hiperpotente de la pulsión sexual.

Es así que el fantasma histérico resulta bisexual, por un lado rechaza la sexualidad y por otro se identifica a un padre seductor en un despliegue exagerado de ofrecimiento sexual. Pero basta que su partenaire le reclame en ese movimiento para que el terror, el asco o el síntoma acudan en su ayuda, como forma de desentenderse de la seducción. Y desde esa situación denuncia haber sido víctima de la seducción del Otro que aparece desde el otro. El Otro que la engaña, goza de ella. En su queja manifiesta que los acercamientos sexuales son contra su voluntad. Mentes erotizadas en cuerpos anestesiados.

El forzamiento no sólo está dirigido a los hombres, sino a quien suponga portador del falo, así sus jefes, profesores, familiares, amigas pueden servirle para apoyar su fantasma y hará un despliegue donde será víctima del abuso de los demás.

Son escenas de seducción construidas por la estructura del deseo, manifestado sobre una escena donde el otro es quien marca el guión. Desde allí intentará atraparlo. Un deseo significado por otro deseo.

En ese fantasma los histéricos denuncian la imposibilidad que encuentran para regular el goce. Preocupados como nadie por medir en todas sus relaciones lo que los otros gozan gracias a ellos, aquello esperado pero no recibido se convierte en reproches, construyendo la larga lista de agravios con los que los histéricos intentan anudarse a los otros.

A los histéricos estos fantasmas les producen vergüenza, pues son argumentos tomados de un goce, que los aproxima a la perversión, aunque su estructura no corresponda con ella.

En la clínica se puede constatar cómo mujeres independientes construyen fantasmas allí donde son dominadas. Así logran localizar su deseo. Hay que dejar claro que los elementos del fantasma no están en armonía con el resto de la neurosis y que

permanecen aparte: "Es que un fantasma es efectivamente bien molesto, puesto que no se sabe dónde ponerlo por el hecho de que está allí, entero en su naturaleza de fantasma, que no tiene otra realidad que la del discurso y no espera nada de los poderes de uno, pero que le pide a uno, él, que se ponga en regla con los propios deseos"⁴.

La importancia clínica de no reducir la cura psicoanalítica al análisis de los síntomas ha marcado una barrera fundamental con las psicoterapias.

Síntoma y fantasma están ubicados en diferentes lugares. Así como la histérica llega al análisis quejosa de su síntoma, mostrando su malestar articulado en significantes, solicitando un amo que le ofrezca un saber, su fantasma fundamental aparece escondido bajo una frase fija, que no la remite a ningún significante, debiéndose construir éste. Aparece así como la respuesta del sujeto ante la manifestación del deseo del Otro, respuesta que marcará su ética.

Bibliografía

¹Sigmund Freud (1982): "23 conferencia de introducción al Psicoanálisis". Obras completas. Vol. 16, p. 326. Amorrortu, Buenos Aires.

²Jacques Lacan: La lógica del fantasma. Seminario XIV, inédito.

³Jacques Lacan: Seminario de la transferencia, inédito.

Jacques Lacan (1980): Kant con Sade. Escritos, 2, p. 351. Siglo XXI, México.

4

Algunas manifestaciones delirantes del fantasma histérico

Anna O y su teatro privado

En los Estudios sobre la histeria' se presentan varios historiales clínicos. Uno de ellos, elaborado por Breuer, figura con el nombre de Anna O (más tarde se reconocería en él a Bertha Pappenheim).

Breuer la describe como una mujer dotada poéticamente, con fantasías controladas y con un entendimiento tajante y crítico, enérgica y tenaz, como se vio más tarde.

La monotonía de su vida y la manera que tenía de alegrarla resultó decisivo para su enfermedad. Cultivaba sistemáticamente el soñar diurno, al que llamaba "su teatro privado". Si alguien de su familia la necesitaba, como ocurrió con su padre antes de morir, respondía con absoluta abnegación, pero siempre acompañada por sus fantasías, escisión que la remitía a dos estados de conciencia separados pero que a la vez oscilaban entre sí. En uno estaba triste y angustiada y en el otro se quejaba del trato que los demás le daban, repitiendo el infinitivo ¡Martirizar! Rápidamente aparecían contracturas y desorganizaciones funcionales, y en un segundo tiempo caía en un profundo mutismo que Breuer interpretó como una reacción a algo que la había mortificado y que había decidido no comentar.

Si mantenemos el esquema propuesto por Freud en "Pegan a un niño", podemos considerar este segundo tiempo sin decisión consciente, razón por la cual debe ser construido en el análisis.

En un tercer tiempo, cuando Anna O era invitada a hablar, desaparecía la inhibición. Emergían abundantes figuras terroríficas, calaveras, esqueletos que ella teatralizaba nombrándolos, lo que permitía a sus allegados, y por supuesto a Breuer, conocer el contenido de sus alucinaciones. ¡Martirizar.; ¡Martirizar; repetía siempre con los ojos

cerrados.

Cuando Anna O murmuraba ¡Martirizar!, al oírlo pronunciado por su familia volvía a relatar sus historias, cuyo argumento estaba construido por un núcleo fijo: ¡Martirizar!, y desde allí cada noche las construía.

Breuer señala, entre otros, el episodio en el que la paciente se encuentra imposibilitada para beber. El asco que sintió cuando vio al perro de su doncella beber en un vaso no fue manifestado por cortesía hacia ella. La represión de ese afecto le permitió poner nuevamente en relación un acontecimiento actual con el núcleo de su fantasma. ¡Martirizar! Se martirizaba prohibiéndose beber.

Durante todo el trayecto de la enfermedad subsistieron dos estados de conciencia. Uno, en el cual la paciente parecía psíquicamente normal y, otro, que podía compararse con el sueño por su riqueza en producir fantasías, por sus lagunas al querer recordar y sobre todo porque en ese estado parecía carecer de inhibiciones, ella que por cortesía había reprimido el asco.

Esta falta de inhibición es lo que lleva al histérico muchas veces a ser considerado un descarado. Se permite decir todo lo que se le ocurre porque en sus ocurrencias cree que se manifiesta algo del orden de la verdad, y persiguiendo los rastros de su verdad se siente autorizado a no considerar al otro. Después se quejará de las reacciones que suscita, ya que desde la "inocencia histérica" no ha hecho nada más que decir la verdad.

Mientras, Breuer decía que siempre halló a la enferma enteramente veraz y confiable; respetuosa con sus indicaciones, relacionaba sus malestares con lo más íntimo suyo. Y, por otro lado, Anna O creía en algunos momentos que ella no estaba enferma, que lo había simulado en su teatro privado. ¿Se lo ofrecía a Breuer, su principal espectador?

La paciente expresaba que en alguna parte de su cerebro había un observador agudo y calmado que contemplaba sus locos desvaríos. El Otro calmado y agudo de la transferencia en quien esperaba encontrar su deseo.

Cuando los componentes de sus fantasías eran de naturaleza pasiva, ¡Martirizar! La actividad estaba forjada en deslizamientos de deseos de venganza, de reproches, y ella misma se obligaba a salir de la sensación de menoscabo en la que caía algunas veces.

De esta manera el núcleo del fantasma inconsciente seguía activo. ¡Martirizar! le permite martirizarse, y por otro lado, como venganza, martirizar a otros con su enfermedad. A sus familiares, y más tarde a Breuer, les reprochará sus crisis.

Cuando alguien le mencionaba algo a Anna O, como en el teatro, le apuntaban el

texto, algún significante olvidado, emergía una cadena asociativa formada por la representación patógena. Ahora formulada, disfrazada en una nueva serie de pensamientos en cuya base estaba ¡Martirizar!, deslizaba nuevos sentidos.

El amor no correspondido fue utilizado, cómo no, en sus fantasmas. Sus familiares no la aman, prefieren a cualquier otro antes que a ella y, en un segundo tiempo, ella no merece ser amada. Martirizar a otros y por eso martirizarse a ella con una baja opinión de sí misma, porque en el primer tiempo deseó hacerles daño.

Las posiciones activa y pasiva, como se ha visto, se relacionan estrechamente en el fantasma histérico. Una única orden, ¡Martirizar!, le permite la construcción de un fantasma activo y pasivo a la vez.

Sólo las argumentaciones y nunca las afirmaciones, dice Breuer, podían influir sobre ella. La histérica le pide al amo que le hable, que le muestre su saber.

La relación terapéutica fue interrumpida unilateralmente por Breuer. Una intensa transferencia de inequívoca naturaleza sexual propició en Anna O un parto histérico que aterrorizó a Breuer. La concepción amorosa le produjo mucha inquietud (en ese momento el concepto de transferencia no estaba definido). Escondiéndose en los celos y en las demandas de su mujer, abandona el tratamiento y en un viaje familiar concibe una hija.

Después del abrupto final recluyeron a Berta en un sanatorio, donde manifestó "que nunca se aliviaría, porque estaba completamente destrozada". Declaración de amor a quien la había abandonado.

El fantasma histérico es transindividual, se dirá más tarde. El deseo es el deseo del Otro y la histeria busca estar alojada en el Otro.

Se puede constatar en Anna O la permanencia del fantasma ¡Martirizar! Siguió estando presente a lo largo de su vida, pero de una manera muy distinta. Sin necesidad de tanto sufrimiento encontró la manera de dar satisfacción a su pulsión fuera de ella y del grupo familiar.

Intentó modificar la situación de aquellos a los que consideraba, como ella, marginados por la sociedad. Fue la primera asistente social alemana, reconocida más tarde como "asistente de la humanidad". Dirigió un orfanato de niños abandonados, sin padres. ¿Será la forma que encontró para proteger su parto histérico, su niño abandonado? Más tarde funda una asociación de mujeres para salvaguardar a las jóvenes madres solteras de la miseria y de la trata de blancas, su gran preocupación. Y, desde la otra cara del fantasma de seducción, junto a algunas feministas europeas defendió, ante

el "Estado amo", la inclusión de las mujeres en el sufragio universal, derecho del que hoy disfrutan la mayoría de los países².

¡Martirizar! es la frase de su fantasma, pero en su etapa posterior se puede observar un notable cambio. Pudo encontrar un lugar de satisfacción distinto, alejado de su cuerpo. Su deseo de ayudar a los demás le permitió desplazar el enigma de su deseo sobre los deseos de esas mujeres que sufrían. Protegiéndolas se protegió. Es una de las posibles salidas histéricas, en algunos casos exitosas. Hizo suyo el ideal amoroso que persiguió a través de la identificación con un amo justo y protector.

La histeria lucha por su reconocimiento, por su alojamiento en el Otro, y todo le vale, cuerpos marcados por significantes reprimidos, pero también delirios. Por eso diagnosticar como psicótico a todo sujeto que delira, creyendo que allí está forcluido el Nombre del Padre, manifiesta el desconocimiento fundamental de la estructura histérica. Ésta hace un esfuerzo sobrehumano por hacer posible que ese padre, confundido con el amo, tenga el lugar que le corresponde. Padre de la Horda primitiva freudiana, amo al que reclama un saber. Entrega su cuerpo para mostrar su poder absoluto, dotando a su palabra de un poder capaz de producir embarazos, contracturas, delirios, como manifestación de un goce libre no sujeto a la castración.

Bibliografía

1S. Freud y J.Bruehl (1987): Estudios sobre la histeria. Historiales clínicos. Tomo II. Amorrortu, Buenos Aires.

2Freeman (1977): L'histoire d'Anna O.PUF, París.

5

Pégale porque me amas

En 1919 Freud muestra con sorpresa la frecuencia con que sus pacientes, mayoritariamente mujeres pero también algún hombre, hacían referencia a una fantasía determinada.

Publica "Pegan a un niño", texto fundamental que permite abordar a través del fantasma la posición femenina de la sexualidad.

Es una fantasía que aparece con titubeos, pasando de sentimientos placenteros a momentos de vergüenza y, sobre todo, de culpa.

Se presenta en una frase, y la primera refiere que lo único que sabe es que "Un niño es pegado".

Intrigado, Freud observa que en la etapa escolar son muy frecuentes las escenas donde los niños reciben palizas, pero al recordarlas producían en los pacientes más repulsa que placer, y además eran anteriores a la época a que se refiere la fantasía.

En el relato de las niñas, el niño azotado nunca son ellas, es otro niño y un hermano mayor suele ser el elegido.

En la fantasía, quien fantasea no es el que pega. Lo realiza un adulto, que en un principio está indeterminado y luego será su padre.

Aparece en el momento en que el Complejo de Edipo está constituido. El agente que castiga, el que lo sufre y el sujeto que mira están presentes.

A la segunda frase le corresponde "El padre pega al niño". El padre pega al niño que yo odio es la transformación.

Para pasar a una nueva variación de carácter masoquista: "Yo soy azotado por el padre". Esta segunda fase inconsciente es la más importante.

En la tercera fase la persona que pega no es el padre, quedando indeterminada la figura del castigador.

El fantaseador se coloca mirando la escena, asegurándose de que ocurra. Recordemos que en la queja de la histérica siempre se abusa de ella por su buena fe, por su fragilidad o por su fuerza, da lo mismo, lo que importa es el cumplimiento del guión del fantasma: "alguien abusa".

Freud se pregunta: "¿Por qué camino esta fantasía sádica, en lo sucesivo, de unos varoncitos desconocidos y ajenos que son azotados se ha convertido en patrimonio duradero de la aspiración libidinosa de la niña pequeña?"

En la fantasía de paliza no se menciona a la madre, en ese momento queda fuera de escena, pero sí están los hermanos, especialmente el mayor, a quien se desea humillar y sobre todo que el padre retire el amor que tenía puesto en él. Si no ama al hermano la ama a ella.

El significante puede ser destituido de su función, por eso es posible la transformación de ser golpeado por ser amado.

En un solo movimiento consigue relegar a su principal competidor en el amor de su padre y, por otro lado, construye un padre capaz de resarcirla de la injusta situación que cree haber recibido.

La histérica insistirá con esa figura paterna, que colocará en otros personajes masculinos, basculando entre la inferioridad y la grandeza que la fantasía de ese padre le produce "abusa porque puede, es muy fuerte, es potente, pero a la vez porque la ama".

La segunda etapa, al ser inconsciente necesita de una construcción, que sólo se da en el análisis ya que nunca aparece en la experiencia.

Surgió por un deseo incestuoso de ser amada por el padre, deseo que fue reprimido y que a través de un fantasma puede llegar a la conciencia, siempre que aparezca disfrazado, desubjetivado, cuando el yo no esté presente y el padre haya sido sustituido por un cuerpo sin rostro, es decir en el Otro, lugar del goce.

El "Tú me pegas" es esa parte del sujeto vinculada con el goce que se recibe de forma invertida. Su propio goce bajo la forma del goce del Otro.

En la histérica, "Soy azotada" funciona como un límite al goce que el amor al padre le produce, límite que la remite nuevamente al amor. Como dirá Lacan, cómo no amar a un padre que prohíbe el goce incestuoso.

El fantasma de "Pegan a un niño" aparece en todas las estructuras clínicas, organizando la pulsión sádica vuelta en masoquista. Es importante señalar que no se

necesita un acto brutal, se construye a través de un acto interpretado por el niño como agresivo.

En el caso presentado por Freud "El pequeño Hans"³ encontramos un diálogo con su padre:

Interrumpe el padre: ¿Acaso te he insultado o pegado alguna vez? Sí, tú me has pegado, responde. Eso no es verdad, dice el padre, ¿cuándo? Hoy por la mañana, haciendo referencia a un choque ocasional donde el padre le había dado un golpe con la mano. En otro momento el padre niega estar enojado, y Juanito le responde: Sí estás enojado, lo sé, tiene que ser verdad.

Aquí aparece la necesidad de ser castigado por alguna fantasía masturbatoria, por un goce sin otro. Goce encerrado en su propio cuerpo, goce fálico.

El despliegue del segundo tiempo del fantasma culpabiliza, por eso se reprime y se busca el castigo. Resulta contrario a los valores éticos de los neuróticos. A la argumentación perversa no le queda otra posibilidad que aparecer desfigurada.

Según dice Lacan: "El propio placer de este fantasma está vinculado a su carácter poco serio. La fustigación no atenta contra la integridad real y física del sujeto. Es propiamente su carácter simbólico lo que está erotizado, y ello desde el origen"⁴.

Podemos decir que éste es un fantasma donde la histérica puede desplegar la figura del padre omnipotente capaz de separarla del goce incestuoso. Prohíbe el goce y la ama porque ella le obedece renunciando a las pulsiones. Más tarde el sujeto gozará de la renuncia hecha por amor y desde ahí se relacionará con el deseo del Otro, pudiendo formularle la pregunta esencial que la histérica hace al amo: ¿quién es ella para él?

Bibliografía

1Sigmund Freud (1982): "Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales". Tomo 17, p. 173. Obras completas. Amorrortu, Buenos Aires.

2Demanda al padre, que por amor a ella, castigue a ese hermano que la madre eligió como dador fálico. Capítulo X.

SigmundFreud (1982): "Apéndice al análisis del pequeño Hans". Tomo 10, pp. 37-69. Obras completas. Amorrortu, Buenos Aires.

4Jacques Lacan: La lógica del fantasma. Seminario XIV, inédito.

6

Buscando el goce absoluto

Al escuchar a las pacientes histéricas, Freud vislumbró, contrariamente a lo que se suponía, que el psiquismo no estaba regido por el principio de placer. Los malestares que revelaban los síntomas rompían con la armonía que estas mujeres podrían alcanzar.

Las primeras pacientes eran descritas como jóvenes inteligentes, agradables y sobre todo pertenecientes a una clase social sin agobios económicos, pero sus vidas estaban marcadas por náuseas, contracturas, fantasías, terrores, delirios que escenificaban lo que no podían poner en palabras y a los que acompañaban con una cierta satisfacción, nunca esperada en situaciones tan dolorosas.

Más tarde, se sorprende de la reacción negativa que aparecía en algunas curas. En el momento en que encontraban un cierto saber que les permitiría relacionarlo con sus quejas, abandonaban el tratamiento sin querer solucionarlo.

Las pacientes hablan, se quejan siempre de lo mismo, algo vuelve sin cesar, sin que tenga una intención delibe rada. Retorno de lo mismo, que aparece de forma compulsiva, bajo la inscripción de una huella imposible de encontrar pero que a la vez no deja de insistir.

El concepto de repetición marcó una línea fundamental en la clínica psicoanalítica. Se repite, dice Freud, aquello que no se puede integrar ni abstraer de la conciencia, apareciendo bajo la forma de un trauma. Precisamente en esos sueños, imágenes, terrores que encontró en sus pacientes, el trauma reclama alcanzar una simbolización que recomponga "una fractura". A esto Lacan lo denominó lo real, aquello que produce y organiza lo simbólico.

La repetición precisa del goce, articulación subversiva que llevó a Freud a relacionar el instinto de muerte con la repetición.

El concepto de goce es introducido en la teoría psicoanalítica por Freud. Posteriormente Lacan especificará en una lógica de la sexuación la diferencia entre el goce del hombre y el de la mujer. Aparece en el lenguaje dando cuenta de una falta, sin que dependa por ello de la satisfacción-insatisfacción a que los histéricos quisieran reducirlo.

Cuando el sujeto se queja, goza de eso de lo que se lamenta. Es lo que intuye Freud "cuando sus neuróticos le mienten", que detrás de sus quejas hay goce.

En un primer momento se consideró el síntoma como un mensaje que el sujeto enviaba a otro, para considerarlo posteriormente como mensaje y goce dirigido al Otro, lugar que señala una manera de gozar, una satisfacción, que lo relaciona con el deseo inconsciente y no con el principio del placer.

En sus pacientes histéricas Freud pudo observar que en la vida sexual existe una fuente independiente de displacer. Allí donde se sufre, se goza de aquello de lo que se queja. El goce está en oposición al placer, que trataría de disminuir las tensiones del aparato psíquico.

Cada sujeto posee un complejo vínculo entre placer y dolor: sentimientos de dolor que abren la puerta a placeres más profundos, sueños repetidos de escenas traumáticas, situaciones de abandonos muestran diferentes maneras de gozar.

Porque el inconsciente está estructurado como un lenguaje, dirá Lacan, el goce no representa la satisfacción que un objeto pueda aportar, sino una incompletud ligada al hecho de que el lenguaje es una textura. El sujeto repite intentando encontrar un sentido que ninguna descarga le puede proporcionar.

Fórmulas de la sexuación

Lacan desarrolla el concepto freudiano a través de una fórmula combinada que reglamenta la ubicación de cada sujeto frente a la función fálica, y propone una diferencia entre la manera de gozar del hombre y la de la mujer, teniendo en cuenta la posición sexuada y no la anatomía de los sujetos.

No olvidemos que Freud sostuvo que no hay una primacía de lo genital, sino del falo, para los dos sexos y que relacionaba al falo con la castración, pero también con el deseo.

A partir de allí Lacan llama función fálica a la función de la castración y propone el término sexuación, opuesto a la identificación edípica freudianas.

Coloca a los sujetos en dos categorías: por un lado los que están totalmente en la función fálica, que serán llamados hombres, sin importar su anatomía, y los que no lo están totalmente, considerados mujeres.

La existencia de todos sometidos a la castración:

$$\forall X \overline{\Phi X}$$

Fórmula que se puede soportar si al menos hay uno no sometido a ella:

$$\forall X \Phi X$$

Para Lacan es la única manera de constituir un universal.

En la posición hombre, es decir la manera que tiene de relacionarse con la castración, habría un padre que no estaría sujeto a la castración y por eso acepta la ley.

El hombre sólo goza fálicamente, dirá Lacan²: "El goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce de órgano".

Es también la queja histérica la que da cuenta de ese goce de órgano y su insatisfacción se presenta en una queja: "Me usa, no me tiene en cuenta, no está conmigo", suele escucharse entre sus lamentos.

Por otro lado la mujer está "no-toda en el goce fálico":

$$\overline{\forall X} \overline{\Phi X}$$

que se lee como no-toda está sometida a la ley, lo que la remite a:

$$\overline{\exists X} \overline{\Phi X}$$

donde se demuestra que no hay posición sexuada que escape a la castración.

El todo y el no todo en el goce fálico son opciones ante la sexuación, es decir la manera como se coloca cada sujeto como hombre o como mujer. Esta posición es atribuida en cada uno por el discurso del Otro, lo que hace que algunos hombres se pueden colocar del lado femenino y algunas mujeres lo hagan del lado masculino, sin tener en cuenta la anatomía.

Por el hecho de hablar, todos estamos relacionados con el falo y a la vez con la castración. Hay un cuerpo que habla, que por lo tanto goza y que a través de las palabras mostrará su singularidad, formalizada en su particular forma de gozar.

La histeria reclama un goce supremo, un buen goce que hiciera posible la unión mítica de los sexos, e intenta que el goce de cada uno desaparezca, para así poder formar una comunidad sexual. Denuncia a través de sus síntomas la imposibilidad de hallarlo, pues

sabe que no hay goce absoluto, que siempre es parcial y sólo es significado a través del falo, el significante del goce. Pero insiste, repite, intentando anular el hecho de que cada posición sexual tiene su propia relación al falo, lo que obstaculiza la relación sexual.

Más allá del falo

Freud no continuó desarrollando la cuestión de la castración y del goce más allá del Edipo, pero sí lo hizo Lacan, centrándolo en el goce femenino: la lógica de la castración sin subordinarse totalmente al Nombre del Padre. Mas allá del mito, en una lógica que no incumbe totalmente al goce fálico, da lugar a un goce suplementario, que, como dirá Lacan, algunas mujeres, no todas ni siempre, sienten.

Esta lógica remite a la sexualidad femenina más allá del falo, señalando que lo esencial de la posición femenina se encuentra fuera de lo simbólico, de una en una.

Del lado del goce masculino el falo es su significante y del lado del goce femenino hay una división entre la referencia fálica y un goce Otro, enmascarado en lo ilimitado de la cadena significante.

En el fantasma se introduce la posibilidad de dar cierta simbolización a ese goce errante fuera de la ley, transformándolo en placer. En algunos momentos una mujer se despreocupa de la tenencia del falo, no lo exige, renuncia a la palabra, goza de Otro goce diferente al fálico. Ese aire errante, despistado, es algo momentáneo. La renuncia al goce fálico no es pasiva. Freud sugiere a propósito de este tema que se necesita mucha actividad para poder ocupar ese lugar.

La división del goce femenino plantea la función fálica en términos de semblante, como un intento de dar consistencia al goce del Otro.

La histeria lleva al límite la posición femenina que no se satisface plenamente en el falo. Al no haber posibilidad de equiparar los goces la relación sexual no se produce y la histérica se desespera buscando signos que le permitan reconocer el objeto que le corresponde a su goce. De ahí la metonimia en la que entra, a veces, buscando un partenaire con quien entablar un buen goce que le permita completarse, pero sabe que el goce es parcial y por eso lo denuncia a través de sus síntomas.

Reducir lo femenino a la teoría infantil de la diferencia de los sexos, es decir "a los seres con o sin pene", acarrea muchas dificultades en cualquier análisis. Es una definición que desconoce la singularidad del goce femenino y que remite, tanto a los hombres como a las mujeres, a buscar una envidia encapsulada en las llamadas vaginas que, por su efecto, serían devoradoras.

Para Lacan el asunto es saber qué constituye el goce de la mujer, por qué el hombre no la ocupa por entero y hasta dice que como tal no se ocupa de él en modo alguno. El asunto es saber qué hay de su saber.

La mujer que goza se muestra no completada por el falo. Goza con Otro y así es convertida en extranjera, extraña, temida por su otra forma de gozar. Es rechazada mediante la degradación, extraviada, prostituta, insatisfecha, rara, no sabe lo que quiere, son algunas de las cosas que se les puede dedicar.

Pero es nuevamente Lacan quien dice que "la mujer tiene distintos modos de abordar el falo, y allí reside todo el asunto. El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo. Está de lleno allí, pero hay algo más". La mujer tiene un goce adicional suplementario respecto a lo que designa como goce la función fálica. Hay que aclarar que no es complementario, pues eso sería considerarla toda, como demanda la histérica. "Las mujeres se atienen al goce de que se trata y ninguna aguanta ser no-toda" por mucho tiempo.

La mujer, si se inscribe allí, veta la universalidad. Podrá ser el no-todo en el goce fálico, pudiendo elegir si está o no comprometida en él, lo que la hace a la vista de los hombres "todo" incontrolable.

Si el mito de "don Juan" es un mito creado por las mujeres, porque las toma de una en una, podemos pensar que allí se muestra el goce femenino, pero no el de la histérica, pues ésta quiere ser considerada como "La mujer". Inscrita en el goce fálico, en la lógica de la sexuación ocupa el lado del hombre, hace el hombre, aunque no lo sea.

La histérica hace el hombre, dirá Lacan, pudiendo ser homosexual o colocarse fuera del sexo.

El hombre cree moldear a la mujer, mito bíblico, y desde esa creencia la histérica quiere saber, identificada a los hombres, qué es una mujer. Se interesa por encontrar un "buen goce" construido en las relaciones entre los goces. Ante la imposibilidad, se culpa sustrayéndose de la relación sexual.

Por gozar fálicamente no alcanza al Otro goce, por eso no se satisface, siempre quiere más. Identificada al hombre, queda detenida en la imposibilidad, ya que no tiene un órgano que responda. Frustrada, insatisfecha, obtiene su goce en la exclusión.

Bibliografía

1Jacques Lacan (1981): Seminario XX, p. 95. Paidós, Barcelona.

2Jacques Lacan (1981): Seminario XX, p. 15. Paidós, Barcelona.

7

Entre semblante y máscara

Semblantes, máscaras, ficciones, caricaturas, son distintas maneras empleadas en castellano para referirse a la imposibilidad de encontrar la verdad de un sujeto.

Pero la verdad, aclara Lacan, no es lo contrario de la apariencia: "La verdad es correlativa a la apariencia. Por eso la máscara, lejos de enmascarar, de disfrazar, se presenta ella misma como la portadora del secreto que se busca".

Deseando encontrar la verdad de una mujer, cuando se le detecta algo del semblante es rechazada por falsa, mentirosa, tal vez porque se rompe la ilusión del encuentro con la madre primitiva omnipotente.

En el inconsciente, no hay un saber que nos diga qué es un hombre o una mujer, sólo a través del goce se pueden articular los semblantes de los hombres y de las mujeres.

El hombre busca en su pareja esos objetos a, goce fragmentado en trozos: una mirada, una voz, unos senos, serán lo que sustituya al Otro, donde se aloje su deseo. Porque lo que nos hace desear siempre pertenece al campo del Otro.

El hombre seduce a través del despliegue de los semblantes priorizados en su fantasma: valiente, guapo, tímido, semblantes que remiten a la posición hombre o mujer que cada sujeto asume.

Del lado de la mujer se pone en juego, teniendo en cuenta que el deseo es el deseo del Otro, la posibilidad de hacer semblante del objeto a de su partenaire. Desde allí siempre estará en referencia con "Otra mujer", la desconocida dueña de una mirada, de una voz, de un lunar, que causa el deseo de su pareja.

Buscando el deseo el abanico se despliega, pero no cualquier otro se transforma en Otro. Esto es algo que la histérica muchas veces confunde: tratando de lograr un goce absoluto, coloca a cualquier otro en el lugar del Otro y como no lo encuentra hace semblante de manera compulsiva, ahora coqueta, más tarde ingenua o viril, todo vale con tal de soslayar la castración. Ofrece su cuerpo como campo donde los objetos a del partenaire dejan su marca y a la vez le proporcionan la posibilidad de seguir ignorando su deseo. Se encuentra con una identificación puramente imaginaria, donde puede permanecer prisionera.

Sabe que el goce sólo se interpela, se evoca, a partir de un semblante. Y desde este saber su vida se centra en mostrar, por un lado, que el falo es un semblante, pero por

otro lado no dejará de buscar ese "pene verdadero, no fallado".

Puede ser el falo si está capturada por el deseo de su partenaire. Deseo que, por un momento, limita sus semblantes, alejándola de la cadena significativa, infinita, del goce Otro femenino. Es frecuente escuchar en la clínica la facilidad que tienen algunas mujeres para prestarse a la perversión de su pareja, olvidándose de las suyas. Goza porque hay alguien que se lo impone a través de un deseo.

En ningún momento debe confundirse con el engaño que suelen imputarle. Se ofrece a la fantasía del hombre por si allí encuentra la respuesta al enigma que es para ella la sexualidad femenina.

En este sentido Lacan llega mucho más lejos diciendo que el masoquismo de la mujer es una invención masculina, producto del fantasma del deseo del hombre.

La histérica cree que esa ubicación, en el fantasma del hombre, le demanda una actividad continua. Antes de finalizar debe estar preparando el siguiente montaje, llegando a sobreponerse uno con otro y de esa manera hacer creer que hay realmente algo detrás. Hace el semblante de autosuficiencia, tiene el falo, por lo tanto ya no necesita nada más. Se convence de que lo tiene y quiere convencer a los demás de su dominio.

Pero desde este lugar la histérica es muy vulnerable, porque coloca a los otros en posición de preguntarle qué es lo que ella quiere. Y eso muy pocas veces lo logra, llevándola a caídas estrepitosas que la dejan nuevamente extraviada o envidiosa del falo que cree que otros tienen en propiedad.

Se siente ultrajada, rechazada, manipulada, cuando después de su gran trabajo es denunciada como mentirosa. Aparece entonces con la máscara de una feminidad ingenua, tonta, castrada, opaca, sin vida, para volver a resurgir como castradora, es decir temida, violenta, capaz de defender la masculinidad que ella puede representar.

Se escucha en las mujeres, que no tienen por qué ser histéricas, un cierto malestar momentáneo, cargado de no saber quiénes son, de ausencia, de no sentirse capaces, inhibidas, no soportando estar en el no-toda fálica. Aquí es donde la histeria muestra su estructura. Sin esperar su deseo, sale de esa situación con ataques al Otro, por su incompletud, su incapacidad, en definitiva su impotencia para darles el falo salvador. Se dice a sí misma que no es que ella no pueda, es que el Otro es impotente para calmarle su malestar.

Como hace con su padre, intentará darle al otro lo que ella cree que le falta, comenzando la metonimia de semblantes por si alguno logra el milagro. En ese despliegue

demanda ser reconocida como la que tiene lo que le falta al Otro.

Cuando se siente impostora mostrando algo que no es, rápidamente acusa al hombre de castrado, portador de un pene inutilizado, que no tiene lo que ella busca, por eso ya no le interesa.

La histérica, conocedora de los semblantes, asume una posición crítica, denunciando que, como ha demostrado, cualquiera puede tener el falo. Desafía al hombre para que demuestre si verdaderamente es su portador. Quiere saber qué pasa con su virilidad, porque ella puede hacer el hombre, como él, es decir por el juego de los semblantes.

El paso siguiente es gozar del miedo que cree producir en sus víctimas, logra tener lo que le falta a los hombres y de esa manera se apropia del semblante fálico, apareciendo como "La mujer", única no dividida a la que el Otro eligió para darle un saber especial que la convertiría en esa Mujer. Pero lo cierto es que lo que recibe es una pregunta: ¿qué quieres?, que la interroga sobre su deseo, no le dicta ninguna fórmula magistral. Su respuesta nuevamente será escabullirse, captando los objetos a de sus nuevas parejas, para así revestirlos con los semblantes correspondientes.

Lacan dedica un Seminario al semblante, "De un discurso que no fuera semblante" a, y en él llega a decir que la mujer para el hombre es la hora de la verdad. Respecto del goce sexual, está en posición de puntuar la equivalencia del goce y la apariencia, porque ella es la presencia de ese algo que la mujer sabe, que el goce es apariencia. Dijo mujer, no histérica, y continúa:

Para sopesar a un hombre nada mejor que sopesar a su mujer. Pero cuando se trata de una mujer no es lo mismo, porque la mujer tiene una gran libertad con respecto a la apariencia, ella podrá dar peso a un hombre que no tiene ninguno.

Así, no sólo relaciona los semblantes femeninos con la búsqueda de algo que se le escapa, su propia feminidad, sino que articula los semblantes masculinos con la creación que pueden hacer algunas mujeres, no todas, de algunos hombres.

El poeta Stendhal confirma en sus versos la teoría de Lacan: "Cuantas veces encuentre a su amante ella gozará, no de lo que éste sea en efecto, sino de la deliciosa imagen que se habrá creado".

Suelen verse hombres histéricos que después de una ruptura amorosa quedan reducidos a muy poco. Los semblantes fálicos que lo habían vestido han desaparecido, buscando de - sesperadamente otras mujeres donde poder arrojarse.

El lugar de la mujer no está definido, está vacío, se bordea con los semblantes que

ocultan el no-toda fálica del goce Otro. Por no estar totalmente en el goce fálico, pone en juego los semblantes para poder responder al enigma de su deseo.

La bella máscara

La función de la belleza femenina está marcada por la utilización de los semblantes que cada época pone en circulación.

Lucien Israel' apunta que en la histérica parece existir la esperanza de alcanzar una perfección tal que el otro, hombre o mujer, no pueda más que quedarse mudo contemplándola. Con la consiguiente frustración, pues nada es bastante bello como para embellecer a la histérica. Siempre habrá otra que la supere, porque ella "porta" algo ficticio.

Cuando se compara con las máscaras que circulan como cánones de belleza se encuentra siempre ridícula, fuera del circuito que ordena lo que es bello. Y desde allí puede aparecer, de forma estafalaria, queriendo marcar ella la moda, y otras veces con el ropaje de la desidia, pasando de una a otra con tal de tapar esas fallas que la exponen a lo que ella siente como imposible. Nunca podrá ser ese modelo inalcanzable, esa "señora K" que siempre tiene en el horizonte, por eso la histérica se siente en falta en relación a esa Otra mujer que perdura en su ideal.

La queja histérica por excelencia es denunciar a los hombres por hacer de las mujeres lo que quieren: anoréxicas, mujeres fatales, ahora labios carnosos, mañana pechos de madre, siempre obligadas a responder con un nuevo semblante que les permita atrapar los objetos que marca la tendencia.

Buscan la perfección porque están convencidas de que la belleza es producto de los semblantes, de las sombras, de los velos, que podrían darle lo que otras tienen y de lo que ella carece.

Se siente impostora porque lo que mostró no lo vive como propio, sino perteneciente a esa mujer que, siguiendo la mirada del hombre, representó.

Para poder tener acceso al reconocimiento de su feminidad es imprescindible la asunción de su propio cuerpo, porque si no permanecerá abierta a la fragmentación que aparece en los síntomas histéricos.

No sólo la histérica coloca en el cuerpo este desajuste, con la inteligencia le ocurre algo similar. A menudo sufre inhibiciones, se siente acomplejada de su no saber. Intenta paliar la situación con la simulación, haciendo un "como si". A veces se lo cree, pero

cuando está próximo el descubrimiento de su impostura, igual que ante el requerimiento sexual, abandona la escena con cualquier excusa, pero siempre responsabilizando a los otros de su desfallecimiento.

Respecto a las diferentes bellezas de la histérica⁴ se encuentra:

El alma bella: lamentos, que marcarán su cuerpo sufriente.

-La bella indiferencia: se sustrae al homenaje o la reacción que ha suscitado. Su deseo sigue siendo un deseo insatisfecho.

La bella durmiente: espera de un deseo que la despierte.

La bella y la bestia: fuente de un goce que no procede del masoquismo, sino del fantasma que ofrece un lugar al verdugo que la relega y humilla.

Todas son semblantes dirigidos a ese Otro absoluto que siempre espera como forma de alcanzar su completud.

Si el sujeto está obligado a constituirse con referencia al otro o contra el otro, esperando su reconocimiento, no es de extrañar la facilidad que tiene la histérica para mostrar su agresividad cuando no es satisfecha.

Ella se manifiesta carente de autenticidad, por eso es profundamente vacilante sobre su verdad. Lo verdadero lo mezcla con lo falso, siendo éste su principal padecimiento, ya que al no creer en su palabra tampoco puede creer en la de los otros. Parece hablar de alguien, que aunque se le parezca nunca estará unida a su deseo.

Joan Riviere⁵, en su interesante análisis sobre los semblantes femeninos, expone el caso de una mujer que aspiraba a una cierta realización profesional y adoptaba la coquetería femenina para hacerse perdonar sus éxitos, creyendo que así podría neutralizar la angustia que le producía la posible venganza de las figuras paternas. Hombres que, ante sus éxitos intelectuales, había que distraer con el semblante de la inseguridad, de la inocencia. Desde allí buscaba desesperadamente su aprobación para hacerse perdonar sus azañas fálicas, simultaneando la brillantez con la tontería histérica.

Margarite Duras llega a decir en sus escritos que es guapa, pero que no se lo cree porque es como si la gente se lo dijera por no decir otra cosa: que no es inteligente, y allí veía la maldad de los otros, señalando su impostura.

Aunque, por otro lado, dirá Lacan⁶ que lo verdadero de una mujer es que no respete nada ni a nadie pudiendo denunciar al falo como un semblante respecto al goce:

Hacer pasar la apariencia a la escena, montarla a la altura de la escena, hacerla ejemplo. Eso es lo que en este orden se llama acting out y a eso se le llama también pasión.

Atacar al semblante por falso es desconocer que no hay otra cosa, para hombres y mujeres, que pudiera oponerse como auténtico. Su inscripción permite reunir frente a lo real lo simbólico y lo imaginario.

Bibliografía

1Jacques Lacan: De un discurso que no fuese semblante. Seminario XVIII. Clase 1, inédito.

JacquesLacan: Seminario XVIII, citado.

3Lucien Israel (1979): La histeria 'y el médico. Toray-Masson.

4Nestor Braunstein (1990): Goce. Siglo XXI. México.

5Joan Rivier (1979): La feminidad como máscara. Tusquets Editores. Barcelona.

6Jacques Lacan: Seminario XVIII, citado.

8

En las cosas del querer: la malquerida

Freud escuchó en sus pacientes histéricas una gran preocupación por el amor, tanto que hasta enfermaban por él. Observó que estaban siempre preocupadas por el amor que esperaban recibir de los padres, de los maridos, y llegó a afirmar que la libido femenina está investida en los objetos que le son más próximos: demanda de amor exclusivo a la madre, que se convertirá en una relación estragante; amor sobre todo al padre, para que le prohíba el goce incestuoso, y amor compulsivo al amo, al que reclamará un saber sobre la feminidad.

Así, ubica al amor en el camino de una repetición que intenta reencontrar el objeto perdido.

El error consiste en partir de la idea de que hay el hilo y la aguja, la chica y el chico y entre uno y el otro una armonía preestablecida, primitiva'.

Desde esta concepción las diferencias son pensadas como algo accidental, ya que presuponen una armonía ya establecida en el inconsciente.

El Banquete de Platón es el primer texto sobre el amor, donde una serie de discursos intentan definirlo. Cuando le corresponde hablar a Sócrates, pasa la palabra a Diótima, una mujer, que lo presenta como algo ideal: "El amor colocado entre unos y otros rellena el hueco, de manera que el Todo quede ligado consigo mismo. Tú te imaginaste que el Amor era el amado y no el amante y corre por ahí un dicho que asegura que los enamorados son aquellos que andan buscando la mitad de sí mismo" 2.

El sujeto buscando su complemento. Este mito se basa en la creencia de que se puede encontrar esa mitad sexual perdida que la relación sexual no logra realizar. Se otorga al amor la capacidad de producir el reencuentro entre el hilo y la aguja, las mitades de la naranja.

La fuerza de ese mito hace que argumentos distintos a esa unión sean rechazados por los enamorados. Se prefiere muchas veces protestar por la mala suerte en la elección de

las parejas que aceptar que lo que se busca no es el complemento sexual, sino la parte de cada uno perdida para siempre por el hecho de su relación con el lenguaje, es decir por ser un ser sexuado.

El hecho de que sea una mujer la que hable de la ilusión del todo como prueba del verdadero amor vuelve a dejar del lado de la posición femenina las exigencias del amor, aunque cuando se ama no es asunto de sexo, sino de la posición, es decir del lado masculino o femenino en el que el sujeto se coloque ante el objeto.

Margarite Duras, quien dedicó muchas páginas al amor, dice entre otras cosas: "Llamo a aquel que me responderá: Quiero amarte. Te amo"; "Conforta tanto estar ceñida por otros brazos. No sé dónde meterme para soportarme." Para llegar a decir "Sólo amo al amor".

A la histérica le resulta muy difícil el abandono de ese ideal donde serían satisfechas sus demandas, jugadas en el todo o nada; me quiere, no me quiere; si me quisiera me lo daría. Estas exigencias de amor son insaciables, lo que la lleva fácilmente a la frustración. Se siente privada por aquel al que supone con el poder para darle lo que ella demanda, que no suele ser ningún objeto sino un amor sin límites, ideal y por lo tanto imposible de satisfacer.

Sólo está presente el otro y el don que demanda. Si es satisfecha, el objeto deja de importarle y si no lo es el objeto cambia de significación, de potente pasa a impotente, de amado a odiado, pero sigue reivindicando, se siente con derecho a exigirlo. Demanda, espera, frustración.

En esta exigencia queda manifestada la nostalgia de volver a ser Uno, la espera de que la unión al otro, completados por el amor, permita anular la división de cada uno de los sujetos.

El deseo se origina en la ausencia de respuesta del Otro, pero la histérica lo vive como un rechazo a su demanda. No puede reconocer que se trata de una imposibilidad, que la funda como sujeto, para desde allí buscar su deseo.

Amar en el otro

Lacan diferencia el amor narcisista del amor a través del Otro, dándole una posibilidad nueva de dirigirse al objeto a partir del Otro.

Hay una frase en el Seminario XX que encierra la problemática fundamental del amor. Dice "amo en usted". Estas tres palabras encierran el carácter indirecto del amor, y

por lo tanto las dificultades que conllevan las relaciones amorosas.

Rompiendo con el ideal forjado en el fantasma, cuesta admitir que se ama en el otro algo más que a él o a ella, se ama al objeto a.

Te amo, pero como amo en ti algo más que tú, al objeto a, te mutilo, te recorto. No sólo lo dicen los psicoanalistas, también los poetas refiriéndose a la posición masculina, "te amo sin ti" dicen unos versos.

Las condiciones que harán que tanto un hombre o una mujer se acerquen o se rechacen dependen del deseo que transcurre en toda demanda de amor, fundamentado en la búsqueda del objeto a que sea capaz de satisfacer a su goce. Por eso su pareja no es el otro sexo, sino lo que lo sustituye como causa de su deseo.

Y por otro lado está en juego el goce enigmático de la posición femenina. El significante de su deseo lo encuentra en el cuerpo de aquel a quien demanda amor, por eso acepta la demanda masculina, haciendo el semblante de objeto a logra ser deseada y, sobre todo, amada.

Cuando una mujer ama a un hombre está en posición activa, escenificando a esa otra mujer que está en el horizonte, y en ese momento el hombre es pasivo. Allí una mujer puede desplegar sus semblantes y decir "amo en usted el falo que por amor le doy".

Trata de hacer de los dos Uno, aspiración imposible a la que no renuncia, una unión en un solo goce adecuado para la relación sexual.

Amor al semblante

El goce, como se ha visto en capítulos anteriores, se interpela a partir del semblante, y al objeto a se lo relaciona con su envoltura.

Lacan relata cómo la cotorra de Picasso estaba enamorada de lo que es esencial en el ser humano: su atuendo. Contradiendo el dicho popular, el hábito hace al monje, porque lo que hay debajo, el cuerpo, no es más que objeto a. El amor, lo mismo que la cotorra, se dirige al semblante, por eso el amor como totalidad sólo existe en el fantasma.

La mujer quiere ser amada por sí misma aunque sabe que es imposible, pero ese saber no le impide buscar en la mirada de aquel a quien ama los destellos del objeto enigmático que mantiene su deseo y donde ella puede imaginar a la mujer ideal.

El amor de la histérica por el hombre llega hasta el punto de "hacer el hombre", ya que lo que le interesa es su objeto a, causa de su deseo, para poder hacerlo propio y

desde allí aproximarse a la Mujer, aquella que sería amada por sí misma. Lo ama tanto que hasta enferma por él, éste es su síntoma.

Por un lado lo sostiene y por otro le marca el camino para poder llegar a serlo, es decir lo inventa, lo hace a su medida. Así puede persuadirlo de que posee lo que podría completarla y desde allí le demanda un saber sobre ella que le permita seguir desconociendo su deseo. En este movimiento pone en juego el amor, mejor dicho la erotomanía.

La larga añoranza del amor, que demuestran desde muy pequeñas a través de sus juegos, "saben dónde ir a buscarlo", puede llevar a algunas mujeres a perder su voluntad autónoma con tal de seguir el señuelo del deseo de su pareja. Para ciertas mujeres un hombre también puede ser un estrago.

Por amor la mujer suele ceder el lugar fálico a su padre, su marido, sus hijos, encontrando en ese mismo movimiento una compensación simbólica en el Otro del amor. Por eso se resiste a su pérdida, ya que la remitiría a la madre fálica, su Otro primitivo.

No se trata de buscar dónde establecer nuevamente el objeto a, como en la posición masculina, sino que en la mujer suele ser más complejo. Vacía, debe destejer su amor, y eso lleva su tiempo, porque lo que la mujer gana en el amor no es sólo un efecto del ser del orden del semblante, el goce que obtiene más allá del semblante anula por un momento la castración.

Es a través del amor donde una mujer encuentra abierta la vía que la puede llevar al goce femenino, demanda ilimitada que se pide pero que también da.

La histérica es proclive a la seducción del amor, al que siempre espera. Se enamora con facilidad y puede llegar a la desesperación si el objeto amorosamente cuidado no tapa lo que para ella es su falta.

En palabras de una mujer: "Creí que si él me amaba, no se notarían mis dificultades para relacionarme en público". En su queja hay un reclamo a su partenaire porque le supone al amor un poder, sin límites, capaz de darle lo que le falta.

La cura por amor es un anhelo que en la histérica se convierte en una duda permanente sobre si ese amor es el verdadero, el genuino, el que le conviene, lo que convierte la relación en una cadena enlazada de seducción y de reproches a su pareja, pues esperaba que el amor de ese hombre le permitiera un reconocimiento social que por sí sola no había logrado.

Seduciendo al otro para que crea que tiene lo que puede completarlo, los histéricos se

aseguran la posibilidad de continuar desconociendo su falta. Es en ese momento cuando surge la dimensión del amor. Es importante señalar que los dos participan del mismo engaño, uno seduce y el otro se lo cree.

Lacan sugiere que en la mujer la unión del objeto de satisfacción con el objeto del amor la hace más dependiente del amor de ese Otro de quien espera la satisfacción de su demanda fálica. Eso podría llevar a algunas mujeres al sometimiento por parte del capricho del Otro. Buscan reconocerse Mujer exclusivamente en el deseo de su partenaire, a quien colocan en el lugar tiránico del superyó externo. La angustia que en la niñez producían los castigos paternos, como posible pérdida de amor, es trasladada al hombre. Se trata del mismo temor, ser abandonadas y reemplazadas como represalia por no haber sido capaces de satisfacer lo que se esperaba de ellas.

La creación del amor

Contrariamente a las quejas históricas acerca de que nunca han sido lo suficientemente bien amadas, el amor se muestra y hay también reciprocidad entre amar y ser amado.

El que ama desea, es aquel que no tiene, el que carece de algo, mientras que el objeto amado es el que tiene, por eso el amante lo desea. Ambos son formas posicionales de un proceso amoroso que produce una metáfora, la del amor.

Amar es dar lo que no se tiene, dirá Lacan, pasaje del descante que entrega lo que no tiene, a un ser que no lo es.

Hay algo del no saber lo que le falta al amante, pero lo cierto es que el objeto de amor tampoco sabe lo que tiene. Amparados en una ignorancia estructural, efectúan la metáfora. El amado se convierte en amante, modificando los lugares.

En el encuentro sexual el falo, en cuanto perdido como propio, se convierte en causa del deseo, por lo tanto en causa de amor. A través de la metáfora del amor se pretende encontrarlo en el otro de la pareja, pasaje que sólo es posible con la instauración del Nombre del Padre, es decir bajo los efectos de la represión y de la castración simbólica. Como bien dice Melman, entre la pareja hay un pacto que regula simbólicamente las relaciones amorosas.

La histérica parte de la idea de que su partenaire debe satisfacerla en todo, de no ser así deduce que no la ama o por lo menos que no la ama lo suficiente, sin tener en cuenta que los amantes se unen mutilándose, suprimiendo la parte del otro por la que no están interesados.

Valery dice que no sería posible amar a lo que se conoce por completo. El amor se dirige a lo que está oculto en su objeto. "Te amo, por lo tanto no te sé, entonces te construyo, te hago... y tú te deshaces". El poeta muestra en sus versos el origen del amor como una creación.

Dar lo que no se tiene en la mujer la lleva a la castración imaginaria, a la búsqueda de un objeto para amar. Pero si el hombre que elige se presenta no castrado, es decir teniéndolo todo, se convierte en un ser sin deseo, al que no se le puede dar nada, al que no se puede amar. El amor de Dora a su padre es correlativo y coextensivo a su impotencia.

Sólo poniendo en juego al fX se puede dar lugar a la invención. Esta es la posición de Lacan, diferente a la de Freud, el amor no como repetición sino como creación. Hay amores posibles como elaboraciones del saber, es el resultado del esfuerzo que realiza tratando de nombrar al objeto a de su pareja.

En la invención de un amor se tiende a la búsqueda de la verdad de cada uno, y no a la búsqueda de la simetría, haciendo de los dos un solo deseo.

Degradación del amor

Los célebres textos freudianos, "Sobre la degradación de la vida amorosa"³, han sido criticados por algunos al creer que rebajaban el sentimiento amoroso, sin poder reconocer que, por ser el tema por excelencia de todos los que se acercan al Psicoanálisis, a Freud le permitió escuchar algo distinto de la aspiración de los sujetos de configurar el "ideal del amor".

Lo novedoso para su época es la vinculación del fantasma en las diferentes posiciones sexuales de los sujetos ante el amor. Se busca un obstáculo que garantice el deseo y por lo tanto su permanencia.

De Rougemont, en Amor y Occidente, habla del amor al obstáculo. Sugiere que los amantes Tristán e Isolda lejos de querer vivir su amor en una unión feliz, satisfactoria y placentera buscaron la pasión.

Freud destaca en los sujetos la duplicidad entre la búsqueda de la felicidad y la desgracia, del padecimiento y el placer, sosteniendo como un síntoma su propia desgracia amorosa y prefiriéndola a cualquier felicidad.

La prohibición del incesto le impone al varón la necesidad de realizar una separación entre la corriente tierna por un lado y por el otro la sensual, de ahí que el objeto del amor

y del deseo no suele coincidir fácilmente.

El gran temor del hombre es ser debilitado por la mujer, que ésta le contagie su feminidad y a partir de entonces mostrarse incompetente. El tabú atestigua la existencia de un poder contrario al amor, que desautoriza a la mujer como ajena y hostil, por lo que el amor puede transformarse en odio. Mezcla odio-enamoramiento, dirá Lacan.

En la mujer la degradación se manifiesta de otra manera. Observándose una clara necesidad de ocultación, su amor parece perder valor si otros lo saben, la cara incestuosa del amor femenino. Lo prohibido para la mujer es equiparable en la vida amorosa a la necesidad de degradar del objeto sexual en el hombre, separando el objeto sensual del tierno.

Así, en la mujer hay una tendencia a reunirlos, lo que la hace más dependiente del amor. Por un lado está la necesidad que produce el desamparo y por otro una dependencia del amor del Otro constituido como lugar de su verdad.

Por otra parte, ser la mujer "legal" de un hombre, como ya se ha visto, puede atacar a la alteridad. Como dice Freud, algunas mujeres reencuentran su sensibilidad tierna en una relación ilícita, secreta, la única en la que están seguras de seguir su propia voluntad libre de influencias. De hecho, hay un cierto derecho de propiedad exclusivo de los hombres sobre las mujeres en la institución del matrimonio, que no hace otra cosa que legalizar lo que existe fuera.

Lo oculto en la mujer, después de Lacan, puede decirse que es el Otro goce, errante, silencioso que la separa del goce fálico, aunque no siempre ni a todas.

El amor devora al deseo, no dejando lugar a la ausencia que todo deseo necesita para no caer en el aplastamiento de la alteridad. Desengañada e insatisfecha sigue buscando al hombre que en su fantasma la haría reina.

Profundo amor, profundo odio. "Ahora por el amor que tengo por él y el odio que le profeso ya no sé distinguir. Es una sola imagen de dos caras", dice Marguerite Duras en *El Dolor*.

Hablemos de amor

¿Qué significa para ti mi amor? ¿Me quieres? ¿Me querrás siempre? ¿Toda la vida? En el amor se habla del amor.

El amor se establece en una relación entre dos sujetos hablantes, es decir entre dos

inconscientes. En la pareja los fantasmas de cada uno están unidos por las palabras, por eso si el partenaire sabe hablar a "una mujer", a una por una, consigue que ella goce y ame.

En las "Formaciones del inconsciente" Lacan dice que la mujer sólo puede amar en el hombre el modo que tiene de encararse al saber que le reclama. La cuestión del amor ligada al saber. Saber hacer hablar al ser que ama es un anhelo femenino. El amor se liga al saber y su ejercicio representa goce, ya que produce una suerte de alojamiento en el Otro.

Ese goce permite a través de la seducción un cierto saber de lo que uno es para el otro: ¿qué significa para ti mi deseo?, ¿quién soy en tu deseo?

Demanda amor, le pide al Otro que le dé algo que no tiene, algo que le falte que lo haga hablar, que lo haga desear, que le dé un lugar en su deseo.

La histérica necesita el deseo del Otro y no siempre trata de lograrlo de manera agradable. Sabe que si da lo que tiene es un engaño, por eso se siente indigna del amor, no tiene lo que su pareja cree que tiene, no es a ella a quien se dirige, por eso abandona la relación, muchas veces, supliendo la ausencia de relación fingiendo que es la culpable de que la relación sexual no se haya cristalizado en un solo goce.

"El amor permite al goce condescender al deseo. El goce queda encerrado en Uno pero el deseo va al Otro"⁴. Se necesita el amor para humanizar el goce y así poder abrirse a la relación con el otro. Es diferente dirigirse al objeto a través del Otro del significante que interesarse solamente por el objeto, como hace el fetichista.

La histérica identifica al amor con el deber, de esa manera niega el goce. Por deber deja al goce a un lado, poniendo el falo en sus hijos o en su pareja, todo su empuje lo coloca en hacer de ellos personajes fálicos porque a través de ellos tiene el falo.

El amor materno deja a un lado el no-toda en el goce fálico. Freud dice que algunas mujeres que permanecen frías hacia el hombre encuentran en los hijos la forma de amar a una parte de su cuerpo, como un objeto extraño al que pueden brindar el pleno amor.

El síndrome del nido vacío, así se llama el lugar que ocupan las madres cuando ya no tienen las demandas continuas de sus hijos. Es la pérdida fálica y la condena que supone el silencio familiar: ¿quién le devuelve el goce perdido por amor?, ¿quién le habla de aquella que fue?

Para la histérica el amor va íntimamente unido al sacrificio, por eso va por la vida mostrando a través de su cuerpo los innumerables agujeros que el desamor de los otros

produjo en su piel.

Amor de transferencia

Freud plantea que es un nuevo amor y, siguiendo a Lacan, puede decirse que es un amor que se dirige al saber. Los histéricos aman a quien le suponen un saber, pero eso no tiene nada que ver con el deseo de saber, más bien los aproxima al horror que les produce su propio deseo.

La histeria mantiene siempre preparado un dispositivo para que lo ocupe aquel que cree capaz de calmar su dolor. Oscila entre una ciega admiración para pasar enseguida a la destitución. Los amos que tanto busca son destituidos rápidamente y se sitúa entre el Otro engañador y el Otro engañado.

En el encuentro con el psicoanálisis la histérica, en un primer momento, queda desconcertada. Se dirige a alguien al que le supone un saber y se encuentra con un profesional que le da una consigna: "Diga lo que diga será escuchado. Hable, busquemos su saber".

Al analista le transfiere su amor al amo, entre el padre y la madre, buscando siempre su investidura fálica y, por lo tanto, los puntos débiles para hacerlo caer. Cambia de escenario rápidamente, lo que obliga a estar pendiente de sus movimientos.

El odio-enamoramiento tiene una clara manifestación en la transferencia histérica, porque desde el fantasma supone a alguien la capacidad de abusar de ella, por lo que intentará forzar una dependencia para más tarde separarse y, desde allí, buscar el deseo del analista.

Cree que puede formar a alguien muy sabio a quien ella abrirá su misterio, lo cual la remite a la insatisfacción de su deseo, pues nunca sabrá lo suficiente, es decir, su amor no puede curarla, encontrándose con su viejo temor a engañar más que a ser engañada.

Decepcionada, volverá a abrir el dispositivo, siempre listo para crear amos a su medida, otros que por amor convertirá en Otro.

Bibliografía

1Jacques Lacan (1994): La relación de objeto. Seminario IV. Paidós, Barcelona.

2Platón (1987): El banquete. Aguilar, Madrid.

3Sigmund Freud: "Contribución a la psicología del amor". Obras completas. Vol. 11. Amorrortu, Buenos Aires.

4Jacques Lacan (1981): Seminario XX. Paidós, Barcelona.

9

Porque lo crea lo ama

Desde ciertas reivindicaciones sociopolíticas se producen fuertes y continuas discusiones en torno a las leyes del patriarcado. Para algunos siguen estando vigentes, oprimiendo a las mujeres, y para otros suele diagnosticarse graciosamente el debilitamiento y la supresión del padre en las nuevas familias, sobre todo en las monoparentales.

El mito del complejo de Edipo para estas corrientes de pensamiento sería algo obsoleto, alejado de la realidad, y acusan a Freud de haberlo teorizado para mejorar la relación con su padre.

Esta postura denota un desconocimiento sobre la función paterna, pues es un lugar tercero fundamental entre la madre y el hijo que garantiza la subjetividad del niño y la posibilidad de la madre de continuar siendo un sujeto descante, que busca su feminidad sin quedar obturada en la maternidad, es decir, por el hijo falo.

Lacan marcó en el Edipo tres momentos fundamentales:

En el primer tiempo, tanto para el niño como para la niña lo esencial es captar el deseo de la madre, por lo que despliegan una clara seducción para convertirse en su falo, deseo que a la vez faliciza al niño.

-El segundo tiempo produce la prohibición del incesto. Será el padre simbólico quien desaloje al hijo de la posición de falo materno, prohibición introducida desde el discurso materno y dirigida tanto a la madre como al hijo. Lo importante de este segundo tiempo es que en la llamada al padre, en un mismo acto, el padre simbólico responde a la madre y al hijo. Separa a la una y al otro rompiendo la relación dual, en un acto que norma, que ordena.

El tercer tiempo es el del padre real. Aquel al que la madre nombró, aunque sólo sea con una mirada, el niño le supone el falo, suposición que le lleva a desposeer a la madre de la posición que la hacía portadora del falo.

El deseo materno hará que el lugar del Otro como demanda produzca el cambio de la madre al padre. En este tiempo se efectúa una separación según la posición sexual. El

niño se identifica con el padre poniendo en juego su virilidad y plantea la existencia de un padre no sometido a la castración. La arrogancia de los niños identificados a ese padre les permite asumir su ley con la promesa de que en un futuro ellos también podrán ser portadores del falo.

Y, por otro lado, la niña renuncia a tener pero no a ser el falo. Sabrá, como dice Lacan, dónde ir a buscarlo. Igual que el varón, en esa demanda que hace al padre también clama por un padre perfecto que pueda con lo real y a la vez que la separe de ese Otro primordial, donde él o ella se habían ofrecido como su objeto.

El fantasma neurótico, que pone en juego una figura paterna terrible capaz de producir la separación, se construye bajo la amenaza de cortar, despedazar, castrar en lo real del cuerpo. La histérica lo instituye a través de la figura de un amo.

Es importante reseñar que lo que el psicoanálisis denomina Nombre del Padre es algo que excede a la persona que lo sustenta y sólo constituye el punto de fijación donde se apoya el deseo. Éste es un punto teórico fundamental en relación a las familias monoparentales, pues la posición subjetiva de los niños será diferente si la madre orienta su deseo hacia otro lugar distinto del hijo, hacia alguien, un Nombre del Padre que permita situar al falo como pura diferencia, sin olvidar el punto de imposibilidad de un significante para nombrarse a sí mismo, lo que supone que sólo lo hará a través de otro.

El Nombre del Padre es motivo de una invención de la función fálica. Su ruptura metafórica nombra una ausencia y delimita un nuevo goce que está fuera del cuerpo, que es significante sólo porque el padre no tiene existencia más que por su nombre.'

Un padre no tiene derecho al respeto sino al amor, dice Lacan. ¿Cómo no amar a un padre que impone una ley que prohíbe el incesto, que nos hace sujetos?

Es amado para asegurarnos de que no quedaremos atrapados en el capricho del Otro. No debe olvidarse que en los fantasmas infantiles la madre es ese Otro absoluto. Lo curioso es que la histérica cambia de carcelero, quedando prisionera ahora del padre, y pasa de un Otro absoluto a la construcción de un padre Omnipotente.

La prohibición permite al sujeto pasar a una posición sexuada siempre que la madre esté en entredicho porque está con el padre y no porque la sexualidad sea una actividad asquerosa y vulgar, como le sucede a la histérica.

El acceso al deseo sexual lo introduce el padre real. Lacan llamó padre-versión a la orientación hacia la función paterna para los dos sexos.

Si bien la primacía del falo, como dijo Freud, es para los dos sexos, se plantea de

diferente manera en cada uno. Es el punto de llegada en el niño, sale del Edipo por efecto de la castración y el de partida para la sexualidad femenina. Para ellas, según Freud, la amenaza es la pérdida del amor, que equipara con la angustia de castración en el niño.

Para la niña el padre pasa a ser el objeto de su amor. La demanda amorosa lo instala como a los Reyes Magos, en dador de objetos de satisfacción. Si a la madre le dio un hijo, ella puede esperar lo mismo, por qué no, si también lo ama. Espera que es del orden inconsciente, equiparando al niño con el falo.

Que la satisfacción fálica y el amor recaigan sobre el mismo objeto hace más dependiente a la mujer del Otro, sugiere Lacan. Por temor a la pérdida de su amor la histérica llama al padre, lo crea, se ilusiona con ese padre perfecto, omnipotente, capaz de gozar con todas. Será el destinatario de su amor, con quien mantiene una estrecha complicidad, aunque aquel que detenta el falo por amor se lo puede dar, pero también se lo puede quitar.

Separada del goce materno, queda prisionera del amor al padre, no soporta la idea de ser abandonada como ella hizo con la madre.

Es un padre imaginario, ese padre terrorífico que la histérica presenta y que pocas veces tiene que ver con su padre real, lo que reclama, un privador que sepa poner un límite a su goce y a la vez le muestre tiernamente los pasos que debe seguir para convertirse en una mujer.

Lo que interviene en la relación de amor, lo que se pide como signo de amor, es siempre algo que sólo vale como signo y como nada más. Es el don de lo que no se tiene, nada por nada².

Freud quedó desconcertado cuando Dora rechazó el órgano del señor K, sin comprender que lo que buscaba era un saber sobre la sexualidad. Creyó que identificándose a su padre por amor, al que le suponía un saber sobre la mujer, podría desvelar el enigma de su propio sexo. Es tan grande su amor por el padre que la lleva a funcionar como un hombre, "haciendo el hombre" y de esa manera poder enseñarle a ese padre impotente cuáles son los atributos que marcan la virilidad, porque lo que le interesa de él son sus objetos femeninos, a los que supone el secreto de la feminidad.

Filiación

En la histeria femenina hay un reclamo sin fin respecto a una figura paterna, reclamo que, por otro lado, no tiene satisfacción, ya que el padre simbólico ordena lo que hay pero no hace crecer nada. Es una relación fundada en el amor, en la espera y por tanto

en la decepción. Muchas veces ni los padres ni las niñas tienen prisa por disolver la relación, pues, como dice Freud, la niña en el Edipo se encuentra como pez en el agua. Podría agregarse que también el padre disfrutando las mieles de su reinado.

Del lado masculino, el niño puede identificarse al nombre, al apellido paterno, como disolución edípica. Recibe la potencia fálica con la condición de reconocer su castración, es decir tomando sólo un rasgo, transmisión que se efectúa de padre a hijo.

La mujer no tiene la posibilidad de ser tomada por el nombre, por eso su filiación es más compleja. Si se identifica al padre queda del lado masculino y por parte de la madre sólo recibe a la madre fálica.

La histérica, por su relación en el Edipo, relación ambigua entre mantenerse quejosa, insatisfecha e infantil o tomar la salida activa, autosuficiente y masculina, se encuentra buscando la salida fálica. Ella pertenece a quien tenga el falo.

Ser amada y deseada es la forma de ser el falo, pero no la única. Se observa en las mujeres que, a diferencia de los hombres, no tienen tanta necesidad de firmar sus obras, de que aparezca su nombre en las paredes, de ser propietarias.

Algunas de sus pertenencias fálicas están representadas a través de su padre, su pareja, sus hijos. Da un rodeo y así, como dice Lacan burlonamente, se convierte en patrona.

Pero no siempre ni todas aguantan todo el tiempo estar representadas en otros, y ahí es donde el nombre propio, la filiación, tiene otro lugar.

Para la hija el apellido paterno es un punto fundamental, es el reconocimiento que el padre hace de ella. Es el primer don que le ofrece, la nombra, le da un lugar, por eso lo ama. Nunca es indiferente, su apellido será llevado con orgullo o con rechazo, pero siempre con algún afecto.

Ciertas mujeres, muchas de ellas reivindicativas, deseosas de conquistar nuevos logros sociales no ponen dificultades en cambiar sus apellidos por el de sus maridos o en colocar, en otros casos, un artículo de posesión después del suyo. Se presentan vacías respondiendo a un fantasma masculino de ser los primeros, a los que por amor se les responde que no se preocupen, que serán los últimos. Parecería que una vez efectuado el traspaso de poderes de la madre fálica al padre, éste se convierte en otro. Empieza la serie, puede ser cambiable por otros.

El nombre inscribe en primer lugar al sujeto en una secuencia de generaciones, y, en tanto significante, trasmite la represión y la castración simbólica.

El padre no es sólo el vehículo que conduce al hombre y al hijo, es sobre todo el diferenciador estructural que pone en movimiento el deseo.

La disolución del Edipo no finaliza en el traspaso del padre a un hombre. Si fuese así sólo cambiaría el objeto satisfacción-insatisfacción pero no se produciría "la mayoría de edad", es decir la búsqueda en solitario de la singularidad, ese momento en que una mujer encuentra su sitio sin tener que ocupar el lugar de su padre y suavizando el estrago con su madre, y cuyo efecto permitiría ser el objeto, objeto del deseo de su pareja sin quedar, aunque sea por amor, prisionera eternamente del mismo.

La histérica, queriendo pertenecer y a la vez deseosa de un gran margen de libertad, pasa de la sumisión a la reí vindicación más furiosa. Lo cierto es que, al ser la mujer no-toda fálica, responde como quiera: cambia su apellido, se coloca un artículo que denote posesión, reclama el apellido materno o mantiene el suyo donado por su padre como a sus hermanos. Es importante no confundir el significante masculino, al que se identifica el hombre, con el apellido dado por el padre, que para la hija es cicatriz y por lo tanto marca de la ley simbólica.

El impotente amo

La figura del amo-padre seductor, como se vio anteriormente, es la argumentación fundamental del fantasma histórico, pues al ser padre gozador de todas las mujeres, tendría el saber sobre el goce. Por eso lo ama, lo ama tanto que es capaz de identificarse a él y desde allí mostrarle cómo debe ser un amo, porque lo que quiere es un amo, con la condición de que tenga presente todo lo que ella ha hecho para que él pueda estar en ese lugar. "Seductor seducido."

Dice Lacan que la histérica quiere un amo sobre el que pueda reinar. Ella reina y él no gobierna, lo que, en definitiva, es su drama. Lo inventa, lo desautoriza, lo vuelve a inventar. Se revela ante la imposibilidad de que ese padre, del que espera no tanto el objeto como sí su amor, desfallezca. Demanda un padre omnipotente pero que a la vez la necesite para así poder reinar.

En los casos presentados por Freud quedó de manifiesto el lugar preponderante que en los síntomas de las jóvenes histéricas tenía el amor al padre. Igual que las niñas que entran al Edipo destrozando muñecas, sin cabezas, sin brazos, entregan sus cuerpos fragmentados, doloridos, extraviados, demandando un don que siempre es de amor.

Las manifestaciones espectaculares que la histérica ofrece no deben ser calificadas rápidamente como psicóticas, porque en su estructura el Nombre del Padre está presente.

Son mujeres que articulan en sus síntomas la decepción que sus padres le producen al no poder efectuar un corte que no deje pasar el goce incestuoso, síntomas que al desanudarlos muestran, muchas veces, que estaban en el lugar del Nombre del Padre.

Pero siguen sosteniéndose en ese amor, recubriendo su falta, intentándolo una vez más, insatisfechas, pero aun así continúan y cuando no son deseados por su pareja llaman a ese maravilloso padre cuya exigencia será su tabla de salvación para no quedar en el vacío.

La histérica puede sostener el fantasma del padre ocupando según se trate el aspecto tierno o degradado, de modo que la madre o la prostituta serán desplegadas en sus propios fantasmas como acompañantes de los fantasmas paternos.

Al no renunciar al falo paterno, al que imagina como dador de todos los dones, la famosa creencia en los Reyes Magos, queda imposibilitada para recibirlo de su pareja.

Ella pondrá en marcha su semblante fálico, logrando muchas veces erotizar a su hombre extraviado y de paso propone a su padre como modelo a seguir. Y como el falo, bien lo sabe ella, está más allá de toda relación entre el hombre y la mujer, a veces le funciona, hasta la próxima vez.

Si encuentra potente a su padre o a su pareja lo descalifica, generalmente por autoritario, egoísta, caprichoso o por que abusa de su fragilidad, pero si lo ve impotente es capaz de inventar un montaje reparador extraordinario en primer lugar culpando a su madre o a su suegra por no haberlos entendido, pero también al entorno salvaje del sistema sociopolítico en el que esas pobres criaturas viven. La caída fálica de sus hombres siempre será consecuencia de una injusticia, y como éstos son amados por lo que no tienen, se producen vocaciones militantes a la hora de reparar sus sufrimientos. A veces esos movimientos se extienden a la humanidad, convirtiéndose en cuidadoras universales, aunque siempre sostenidas en el amor al padre.

Si hay un padre deseado por la madre o por esa "Otra mujer" no hay necesidad de realizar grandes invenciones. Están allí para asegurar un lugar donde poner en juego la relación triangular: hijo, madre y padre, tarea que aunque parezca sencilla resulta dificultosa porque no todos los padres desean ocupar ese sitio.

En los casos presentados por Freud era notorio el debilitamiento del Nombre del Padre. El padre de Dora parece más preocupado por su enfermedad y por su relación con la señora K que por escuchar los reclamos que le hace su hija.

El padre de Juanito, interesado en ser un buen discípulo, se coloca en un lugar de observador aportando datos que completen las teorías de Freud. Descalifica como un

hijo a su mujer y su mayor preocupación es mantener el amor de Juanito. Así, deja a su hijo bajo la pertenencia de dos madres, la real y su abuela materna. Ejemplo este de un hijo expuesto a un comportamiento regresivo de sus padres.

Para Lacan³, "un padre severo intimida por su sola presencia y la imagen del castigador ya no necesita enarbolarse para que el niño la forme".

Con un padre descante, que intenta ocupar un lugar singular, el hijo no necesita inventar fantasmas de castraciones terribles. No es mucho lo que se le pide: que esté en los momentos en que tenga que estar, ocupando el lugar tercero entre la madre y el hijo, y que procure algunos cuidados. Después el hijo sabrá aprovecharse del lugar tercero que fundó el Nombre del Padre.

Tanto antes como ahora la histérica sufre del debilitamiento de ese lugar. Por eso ama al padre con la intención de crearlo, aunque a veces parezca que lo quiere destruir. Ésa es la furia de su amor.

Si permanece dependiente a la figura del padre, su pareja heredará el único lugar donde la histérica encuentra el reconocimiento de su feminidad, quedando nuevamente atada al capricho del Otro. El padre, y más tarde su pareja, la remiten nuevamente a los enredos de la relación estragante con el Otro materno.

No es a partir del amor ni del odio al padre lo que hará que una mujer alcance su goce. Debe ir más allá de ese amor, creando otro significante que la represente ante la falta del Otro. Solo así podrá encontrarse con Otro goce, diferente al goce fálico.

Pero no todo es estrago en la relación de una mujer con el hombre. En "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina", Lacan dice⁴: "El hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en Otro para sí misma, como lo es para él", frase enigmática que sugiere algo muy importante en la relación de una mujer con un hombre, aunque ni para todas ni para cualquier hombre.

El deseo de un hombre, aceptado por amor, faliciza a la mujer, limitando por lo tanto al Otro goce errante, no ordenado por la castración.

La mujer se convierte en Otro para el hombre sin saber lo que se pone en juego para uno y para la otra. En la manifestación de ese Otro que habla y desea se despliega también para ella el deseo del Otro, es decir el falo deseado por la madre, y de esa manera se convierte en el Otro para sí misma. En la dialéctica falócentrica, la mujer representa al Otro absoluto.

Bibliografía

1Gerard Pommier (1986): La excepción femenina. Alianza Editorial, Argentina.

zJacques Lacan (1994): La relación de Objeto. Seminario IV. Paidós, Barcelona.

3Jacques Lacan (1980): Escritos 2. Siglo XXI, México.

JacquesLacan (1980): "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina".
Escritos 1. Siglo XXI, México.

10

Madre-hija, un amor estragado

El "Fragmento de análisis de un caso de histeria" reconocido más tarde como el caso Dora, lleva la marca de los conceptos teóricos en los que Freud trabajaba en esos momentos. El complejo de Edipo en la niña fue construido en un principio desde el modelo del niño, dejando a un lado la compleja unión con la madre primitiva.

Muchos años después varias generaciones de analistas, cautivados por las aportaciones del mito freudiano, seguían constatando cómo las histéricas hablaban de sus padres, padres tiernos, terribles, amados, pero también decepcionantes. No obstante, quedan fuera de los análisis, por un lado, los comentarios desaprobatorios que hacían algunas hijas de sus madres y, por otro, las posteriores contribuciones donde Freud modifica sustancialmente la teoría y por supuesto los análisis femeninos.

Entre 1931 y 1933 escribe dos textos importantísimos en relación con la feminidad, donde la separa de la histeria. Al primero lo tituló "Sobre la sexualidad femenina" y al segundo "La feminidad", y en ellos descubre la importancia de la ligazón madre-hija desde una relación preedípica, argumentando su importancia en la compleja búsqueda de la feminidad.

Se separa de anteriores postulados en los que sostenía que la niña se acercaba al padre deseosa de eliminar a la madre ya innecesaria, objeto caído en desgracia, olvidado, sin consecuencias posteriores.

Para que haya una dependencia tierna de la niña respecto al padre, dice, hubo de existir un estadio previo de unión con la madre. En ese momento, lo mismo que para el varón de igual edad, el padre es un fastidioso señor que interfiere en la unión con la madre, relación esta que es vivida con exclusividad y apasionamiento.

Desde entonces el concepto de preedípico permite dar cuenta de un elemento importante de la sexualidad femenina, pues pasa a considerarse como una experiencia preparatoria de la posterior relación edípica, con la salvedad de que sólo a través de la articulación significativa del Edipo se puede articular la relación pregenital, articulación

que se realiza en forma de aprés coup.

Es frecuente escuchar en las mujeres una queja muy sentida en relación a lo que la madre no le dio, que va desde haber sido mal alimentada, escasamente cuidada, forzada a compartir su exclusivo amor con otros o incomprendida, hasta responsabilizarla más tarde, en algunos casos, por no haberla hecho varón.

Freud en 1933 da tanta importancia a la relación de la niña con la madre que llega a considerar esa ligazón responsable de posteriores fantasmas histéricos, donde el padre aparece bajo la figura de un seductor. Tanto la niña como el niño se han sentido seducidos por los cuidados maternos, y desde allí reclaman amor, siendo por lo tanto la madre el primer objeto de amor. Desilusionados, se sintieron seducidos y a la vez frustrados.

Cuando la madre deja de responder a sus requerimientos, o más bien responde con su deseo, se convierte en real, pasando a depender de ella la satisfacción de las demandas, es decir puede o no responder. A partir de ese momento la potencia está del lado materno.

La exclusividad que pide la niña en el amor no tiene satisfacción, de modo que las carencias y las decepciones desgastan la omnipotencia materna produciendo una separación paulatina, que muchas veces está marcada por la hostilidad. Esta ligazón puede terminar en odio, sentimiento que tal vez llegue a teñir las relaciones futuras, en cuanto a que culpabilice al capricho del Otro la insatisfacción de sus demandas, pero lo más frecuente es que ese reproche permanezca inconsciente, al acecho, esperando pequeñas cosas donde mostrar la vieja reivindicación. Cuanto más intensamente amó la niña a su madre, tanto más sensible se mostrará a los desengaños.

Comienza considerando la castración como algo exclusivamente suyo, luego lo extiende a otras mujeres, para pasar a ver a su madre como castrada y a la vez causante de su castración. Aprovecha ese momento para abandonarla por el padre, pero este cambio no le resuelve la hostilidad. Se vuelve crítica sin comprender cómo ese padre tan espectacular pudo fijarse en esa mujer defectuosa y a él reclamará el falo que su madre no le dio.

Lacan hace un nuevo recorrido y en distintos seminarios dice que la posición de Freud con respecto al Edipo en la mujer es poco dramática, ya que sugiere que está cómoda, como pez en el agua, pero él realiza la comparación con el niño que libra sangrientas batallas con el padre, en una marcada ambivalencia de amor y odio, el cual teme ser aplastado por su autoridad y por tanto lo dejaría en posición femenina.

Pero también dice Lacan que hay algo en la relación de la hija con la madre que tiene

características de estrago, porque de la madre se suele esperar, en tanto que mujer, más subsistencia que del padre, aunque no conviene esperarlo porque es otra estragada.

Es desde la relación preedípica desde donde se pone en juego la llamada a la madre fálica, razón por la que se le reclama subsistencia a ese Otro omnipotente que debe darle un saber sobre la feminidad, reclamo que lleva a una relación estragada, a una relación sin salida.

El término francés utilizado por Lacan es *ravage*, siendo traducido por "estrago" y otras veces como "desvastación". Es algo violento que captura y cuya característica es no tener límites, perteneciente por lo tanto al no-todo fálico de la posición femenina.

Marie Magdaleine Lessana³ considera al estrago como un grito de recriminación que una hija hace a su madre en relación al saber de algo imposible de simbolizar. Gritos modelados, articulados en palabras que denuncian la imposible identificación con la feminidad y que sin embargo reclaman una respuesta.

En la histérica el estrago está marcado por su deseo insatisfecho y es en la madre principalmente donde coloca su insatisfacción, porque la madre puede rehusar su pedido eternamente, lo puede todo, por eso es omnipotente. De eso dan cuenta los objetos fantasmáticos primitivos: madres devoradoras, dominantes, modelo de madrastras en los cuentos infantiles.

De la madre a la hija

El estrago no es algo que se dé solamente de la hija a la madre, también debe considerarse la relación de la madre con su hija.

En *La pianista*⁴ Elfriede Jelinek muestra claramente la relación estragada entre una madre y su hija, y en un fondo desdibujado un débil Padre simbólico: "Las dos señoras están constantemente empujándose y atropellándose. Pero aun así no pueden separarse, riñen y riñen y luego duermen abrazadas".

Es un lazo de insatisfacción que las une y que dependerá de lo que cada una reivindique en la otra para que sea más o menos virulento. Es el amor-odio que muestra en una relación estragada.

Tampoco la madre entiende de música, pero somete a la niña al arnés de la música. Se desarrolló una leal competencia vengativa entre madre e hija, ya que la niña se da cuenta muy pronto de que ha superado a su madre en lo musical. La niña es el ídolo de la madre, y por ello sólo ha de pagar un discreto arancel: su vida.

El hijo para la madre no es sólo el niño sino que también es el falo, lo que constituye una discordancia imaginaria. Por eso es relevante la manera que tienen algunas madres de ubicarse frente al niño, tanto al varón como a la niña, sabiendo que el encuentro con cualquiera de los sexos nunca es totalmente satisfactorio.

Según Freud⁵, "sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta. Es en general lo más perfecto, lo más exento de ambivalencias de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad".

Pero también, más adelante, dice que sólo el hijo varón recibe lo que el hombre esperaba para sí. De modo que ya no sólo la hija, sino también el padre, envueltos, están unidos por una relación que los excluye.

No es algo que se dé en todas las madres, pero se escucha con frecuencia cómo un hijo varón es el elegido para ocupar lugares fálicos propios de las funciones paternas. Esta transmisión opera como un don, donde la madre se identifica con él.

Las hijas estragadas esperan de sus madres ese mismo reconocimiento, capaz de darles eso tan anhelado que sus hermanos parecen lucir, lo que las sitúa en una relación madre-hija siempre insatisfactoria porque ninguna de las dos puede ofrecer lo que la otra demanda. La hija no sólo no tiene el falo, sino que estaría en deuda con la madre por no poder dárselo. Esto produce consecuencias clínicas muy importantes en algunas mujeres.

La frustración relacionada con la madre es frustración de amor. Todo lo que proviene de la madre como respuesta es un don que apunta radicalmente a algo distinto de la demanda, un más allá de la demanda.

Como ejemplo, sirven las palabras de Marguerite Duras, quien en *El amante* dice:

Se gira brutalmente hacia su madre, llora acurrucada junto a ella. Y luego grita aún bajito:

¿Pero por qué le quieres así, y a nosotros nunca?

La madre miente:

Os quiero igual a mis tres hijos.

No es verdad, no es verdad. Eres una mentirosa... Responde por una vez. ¿Por qué le quieres así y no a nosotros?

Silencio. Y la madre contesta en un soplo:

Nose por qué. Nunca lo he sabido.

La niña se tumba encima del cuerpo de su madre y la besa. Llorando. Le cierra la boca con la mano para que no siga hablando de ese amor.

[...] La madre se deja insultar, maltratar. Sigue en esa otra región de la vida, la de esa preferencia ciega. Aislada. Perdida. A salvo de toda ira.

En Esto es Todo la autora dirá: "Siempre amo a mi madre. No hay nada que hacer, la amo siempre".

Amor estragado entre una madre y una hija que no siempre encuentran sus palabras, otras veces sólo la ira y el reproche desenfrenado da cuenta del particular lazo que las une. Lazo compuesto de queja y sostén, de amor y odio. Reclamo de una hija a su madre de una aceptación fálica, que no cesa de demandar.

Otro ejemplo lo encontramos en el caso Dora. Se puede observar, como dice Freud, que la atracción sexual había aproximado al padre con la hija por un lado y a la madre con el hijo por el otro. En Otto, el hijo varón, se valoró su inteligencia, igual que en la hermana, pero con una clara diferencia: la brillantez de Dora le sirvió para ser reconocida como "cuidadora oficial" del padre, quedando encerrada en esa relación. Permaneció tristemente insatisfecha entre el desprecio a su madre y los reproches posteriores a su padre.

Otto, al ser liberado del cuidado de sus padres, llegó a ser un prestigioso político socialdemócrata, cuya simpatía por el sufrimiento de los demás encauzó fuera de la familia.

La histérica siempre acusa a la madre de su preferencia por un hermano, vivo o muerto, algún primo, un niño al que dieron una especial dedicación.

Más tarde se supo que Dora se quejaba amargamente del poco amor que su madre le había dado. En sus continuas quejas se lamentaba de que lo único que le había importado era, como en el sueño, "su joyero".

La madre de Dora había sido contagiada de sífilis por su marido, lo que le producía fuertes dolores. Parece que la obsesión por la limpieza que Freud tanto señaló tenía que ver no sólo con la "psicosis de ama de casa" sino con la enfermedad que se extendía por su cuerpo. Los baños, la limpieza y el cuidado de su estreñimiento eran su pasión dominante.

El marido aceptaba la situación, ya que tenía mucho que ver con los dolores que padecía su esposa, pero a la vez la despreciaba continuamente ante los demás, diciendo que hacía mucho tiempo que no recibía nada de su mujer y de este modo justificaba así su relación con la señora K.

La madre de Dora, una vez aclarada la cuestión de su enfermedad, es una madre bastante típica, como diría Freud, pues prefiere al hijo varón y permite que una niña pequeña ocupe ese lugar tan "especial" junto a su padre. La hija resuelve, además, los cuidados que su marido reclama y que ella no estaba dispuesta a dar. Más tarde la niña, como una mujer celosa, queda atrapada en la relación con la señora K, resultándole muy difícil a Dora, en una unión claramente estragada con su madre, salir de la situación dual que mantenía con el padre.

Hay otro momento dolorosamente estragante entre algunas madres y sus hijas, y es cuando la niña se convierte en mujer. En poco tiempo una relación que podía ser más o menos tranquila se convierte en una violenta lucha de dos mujeres rivalizando por el mismo hombre. En la competencia por el dador fálico el amor no tiene ley, no apacigua, remite nuevamente al Otro omnipotente primordial.

La relación parental está determinada en una metáfora producida por el deseo de la madre y el deseo del padre. Esta metáfora dificultó a Dora su resolución edípica, pues permaneció insatisfecha intentando construir un padre lo suficientemente potente que obturase las, para ella, desenfrenadas demandas maternas, que la reclamaban en las tareas hogareñas.

El reproche por haber abandonado a la madre prefiriendo al padre se convierte en culpa muy difícil de saldar. A veces se ofrece el primer hijo como acción fálicamente reparadora; otras, identificándose con ellas, se hacen elecciones profesionales, de parejas. Se observa muy a menudo en la clínica que cuando se instala la deuda entre ambas aparece sin objetos, sin límites, devastadora y estragante.

Dora es una histérica, es decir alguien que ha alcanzado la crisis edípica y que al mismo tiempo, dice Lacan, ha podido y no ha podido franquearla.

Que el Otro primordial no le abriera "el joyero" marcó la imposibilidad que tuvo posteriormente para abrir el suyo.

El hijo histérico participa del estrago

A diferencia de la mujer histérica, el histérico lucha contra la seducción paterna y su amor es rechazado porque lo feminiza.

Por odio al padre y a lo que él representa el histérico varón quiere ser reconocido por una madre fálica, omnipotente, fuera de la castración.

Por el lado femenino espera encontrar su virilidad por una donación amorosa de la madre, la que le permitiría, como dice Melman, asegurarle el semblante de ser. ¡Soy yo, heme aquí! Identificado a la falta en el Otro, reclama brutalmente los poderes de los que se cree merecedor.

Pedro ha sido rechazado por una amiga. Después de un largo silencio, dice hablando con su madre: "Ella no quiere darme lo que necesito, la destruiré por eso. Si no es nadie. Sólo yo me puedo enfrentar a ella. Por eso le pido lo que me corresponda".

Renegó del padre creyendo que podría superarlo. La virilidad del padre en la histeria siempre es incapaz de realizar grandes azañas. Él llegará más lejos, tendrá más éxitos.

Con las figuras paternas que va encontrando realiza el mismo juego, sólo se preocupa de dejar en evidencia lo que él cree que son las fallas de los demás.

Pero de esta manera el reconocimiento de su virilidad queda pendiente de una mujer que acepte el lugar de desposeída para que él pueda obturar su falla y así ser reconocido como superior. Cuando desfallece, muy a menudo, culpa al capricho del Otro, representado en la mujer de turno, y no a su propia impotencia.

Rabiosamente insatisfecho permanece en el circuito de una demanda que lo lleva de la envidia del pene a la castración, sin encontrar su identidad sexual.

Germen de la paranoia

Para Freud la mencionada fase de la ligazón madre-hija permite conjeturar, en algunos casos, la etiología de la histeria. Ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad, además de la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia en la mujer.

En los momentos en que debe responder al Otro primordial, la histeria puede producir alucinaciones, ya que se encuentra imposibilitada de salir del espacio materno.

En el artículo de 1915, "Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica" 7, presenta el caso de una joven mujer que había recurrido a un abogado pidiendo su protección porque se creía perseguida por un hombre con quien había tenido una relación amorosa y que había abusado de ella. Abuso que consistió en la autorización para

fotografiar el encuentro amoroso que habían tenido. Persigue al amado con palabras, escritos, buscando una explicación tranquilizadora. Su amigo le responde que lamenta que un encuentro tan hermoso pudiera destruirse por ideas tan enfermizas.

La empresa donde trabajaba estaba dirigida por una anciana mujer que tenía cabellos blancos como su madre. Al igual que ella, la trataba con cariño y ternura.

El día de la primera cita, su amigo le dijo algo al oído a la señora y construyó a partir de entonces la idea de que una nueva infidelidad ponía a la anciana en conocimiento de lo sucedido.

La mujer de cabellos blancos es un sustituto de la madre y el hombre, a pesar de su edad, está en el lugar paterno, quien puede descubrir a la madre la sexualidad adulta de su hija. El perseguidor originario, de quien se puede esperar un castigo, es la madre. Castigo que significaría, como ya se ha desarrollado, la pérdida de su amor.

El vínculo con la madre primaria abarca la parte más larga del florecimiento sexual temprano y a veces se debe admitir, dice Freud, la posibilidad de que algunas mujeres permanezcan atadas a esta ligazón y nunca realicen una vuelta cabal al varón.

Amenazada por el abandono del Otro primordial, la histérica puede manifestar alucinaciones como forma de desdibujar la ruptura de la relación dual.

Herederos del estrago

En "el tabú de la virginidad"⁷, Freud dice que la mujer puede repetir con el hombre la mala relación que tuvo con su madre, y luchan con el marido como en su juventud lo hicieron con ella: dependencia desesperada, rechazo fulminante, amor-odio, insatisfacción permanente.

Según Lacan una mujer es para un hombre un síntoma, pero en cuanto a qué es el hombre para una mujer hay que encontrar otro nombre. El hombre es para una mujer todo lo que él quiera, una aflicción peor que un síntoma, incluso un estrago.

El debilitamiento del Padre simbólico dificulta la separación de la histérica con esa madre preedípica omnipotente, lugar que algunos hombres heredan.

El riesgo de perder el amor puede convertirse en la desestimación de la demanda fálica, llevando algunas veces a que ese Otro al que se dirige su demanda la someta a exigencias ilimitadas. Son relaciones donde los límites no están pactados desde un orden simbólico, permaneciendo fuera de la ley que los sujeta.

La primera demanda a la madre, que tenga el falo, le llega invertida, es decir obligándose a ser ella el falo. Es frecuente en la histérica que la relación con su pareja y con algunas mujeres esté teñida de la rivalidad por la posición fálica. Se empeñan en ser reconocidas como portadoras fálicas. Desautoriza por una parte la feminidad, defendiéndose permanentemente de la pasividad con actitudes violentas, y rechazan al hombre, por ser todos iguales a ese padre impotente. En una vuelta desesperada a la madre fálica, la feminidad sigue sin poder articularse, continúa en el círculo de amor-odio, preguntas sin respuestas, demandas sin límites.

Lo cierto es que la histérica siempre estará insatisfecha y el hombre nunca conseguirá arrebatarla. Pondrá su cuerpo, se dejará hacer, pero ella permanecerá encerrada gozando de la exclusión, en la textura de su fantasma.

Bibliografía

1Sigmund Freud (1982): "Fragmento de análisis de un caso de histeria". Obras completas. Vol. 7, p. 15. Amorrortu, Buenos Aires.

2Sigmund Freud (1982): "Sobre la sexualidad femenina". Obras completas. Vol. 21, p. 223. Amorrortu, Buenos Aires.

3Mari M.Lessana (2000): Entre mere etfill: un ravage. Essai, Francia.

4Elfriede Jelinek (1983): La pianista. Mondadori, Barcelona.

5Sigmund Freud (1982): "La feminidad". Conferencia 33. Obras completas. Vol. 22, p. 104. Amorrortu, Buenos Aires.

6Marguerite Duras (1986): El amante. Tusquets, Barcelona.

7Sigmund Freud (1982): "Un caso de paranoia que contradice la teoría Psicoanalítica". Obras completas. Vol. 14, p. 259. Amorrortu, Buenos Aires.

sSigmund Freud (1982): "Sobre la degradación de la vida amorosa. El tabú de la virginidad". Obras completas. Vol. 14, p. 199. Amorrortu, Buenos Aires.

11

La Otra mujer en la histeria

Freud constató analizando a sus pacientes que la mujer constituye su deseo de feminidad en el Edipo y en el encuentro con el hombre descante.

En la demanda que hace la hija a la madre tratando de conocer los caminos que la pueden llevar a la feminidad se encuentra con un obstáculo: su respuesta proviene siempre de la madre omnipotente, fálica. Diga lo que diga, la hija la escuchará desde ese lugar, lo que hace que su pregunta no encuentre respuesta.

A través del análisis de Dora se observa la importancia que tiene para la histérica "la otra mujer deseada por un hombre" en la aproximación al enigma de la sexualidad femenina.

Dora' coloca el saber de la feminidad en otra mujer, la señora K. En ella encuentra esa mujer deseada y deseante donde poder dirigir la pregunta ¿qué es una mujer? Sabe que sostiene el deseo de su padre, y que a través de su intervención se encuentra con ese padre edípico, idealizado. El deseo de esa mujer produce un doble movimiento: al hacer potente al padre, la libera del esfuerzo de tener que sostenerlo y, a la vez, ese deseo le marca una prohibición sobre él.

La joven Dora es sustituida del lugar especial que tenía como cuidadora oficial del padre, recibiendo a cambio, por su complicidad, lecciones de sexualidad femenina. El escollo insalvable aparece cuando su padre no cree las denuncias de abuso que hace del señor K.

Es allí donde ella recibe "la bofetada". Había perdido la complicidad y por lo tanto el amor de su padre y esto la remitía a la castración.

La histérica conforma el ideal femenino en una búsqueda desesperada de "otra mujer" que le dé señales del brillo fálico.

Es curiosa la presentación que tanto el padre de Dora como el señor K hacen de sus mujeres: "No consigo nada de mi mujer", dice uno, y el otro: "Ya no es nada para mí". Frases que atrapan a muchas histéricas tratando de encarnar el objeto precioso que estos hombres, en su insatisfacción, reclaman, lo que las lleva a compartir con sus madres, y

luego con otras mujeres, y ensayan con el método de acierto-error algunos semblantes que suelen fracasar. Las relaciones triangulares y la insatisfacción están servidas.

Dora comprendía a su padre, participaba de la misma desvalorización por su madre y por sostener el interés en la adorable señora K. Si ésta era repudiada, es decir no deseada, se quedaba sin ideal para su feminidad. Su cuerpo suave y blanco simbolizaba para ella el deseo de los hombres y eso la erotizaba.

Diferentes pacientes histéricas de Freud corroboran la necesidad de la articulación triangular como forma de saber qué es una mujer desde el deseo de un hombre.

En 1892, "Elisabeth" se identifica con su hermana deseando a su cuñado.

En 1900, "La bella carnicera", colocando su deseo en el deseo de otra, se identifica con su amiga a la que en un sueño le niega el salmón. Constata que una mujer puede ser amada por un hombre que no se satisface en ella.

En 1905 Dora interroga a la señora K y anteriormente, siguiendo la mirada paterna, la interrogación había recaído en su tía. Sus intereses culturales, algunos de sus síntomas, la nacionalidad de su marido provienen de esa privilegiada relación familiar.

Encontrarse con una mujer amada por el padre, diferente a la madre fálica, sin que necesariamente sea la amante, permite buscar un cierto saber.

Además de alguna tía paterna, las hermanas mayores amadas por el padre serán vistas como rivales amadas y odiadas que permiten captaciones de rasgos de feminidad.

Buscando a la Otra mujer, la histérica vislumbra que por la vía de la semejante amada-odiada aparece un lazo profundo que la remite a la feminidad.

La mujer histérica, dice Lacan², se pone a prueba en los homenajes dirigidos a Otra, esa mujer en la que adora su propio misterio y con la que intenta borrar la alteridad.

Muestra en sus síntomas diferentes identificaciones, manifestaciones, estados emocionales de un gran número de personas que, unidos a los propios, desempeñan todos los papeles del drama que ella representa.

En la clínica encontramos mujeres que se relacionan con su pareja a través de otra que está en el lugar de Otra: una amiga, un familiar, una invención, que daría respuesta a su pregunta. Son nuevas escenas donde poder observar. Aquí la histérica se identifica con el hombre, para así llegar al saber femenino. Desengañada, las reemplaza por otras con la intención de encontrar un saber que satisfaga su demanda.

La identificación es simbólica, es decir al significante: movimientos corporales, enfermedades, lecturas, profesiones, elecciones, pretendiendo convertirse en esa Otra, porque la histérica conforma el ideal femenino en otras donde aparezca el falo.

La decepción edípica en la histérica puede llevar o bien a dotar de potencia al padre a toda costa, mostrándole la virilidad de un hombre completo, fuera de la castración, que ella en su hacer el hombre le descubrirá cómo poder serlo; o, como en el caso Dora, será cómplice del deseo de Otra mujer, la señora K, que será la elegida para sostener su potencia. Lo importante es dar consistencia al padre de su fantasma, terrible y tierno, potente e impotente, para que ella tenga cabida y pueda darle su amor.

La histérica confunde pene con falo, por eso cuando se siente pasivamente femenina necesita aparecer a continuación activa-masculina: portadora del pene, autoritaria, sin fisuras, remitiéndola a un círculo infernal. De tener a no tener el falo, ida y vuelta. Huye de la captación que puede hacer de ella el padre-hombre de su fantasma y por otro lado lo invoca para que desee por ella su lugar en el mundo. Es allí donde la Otra mujer tiene un lugar privilegiado, abriendo la escena.

La Otra mujer en la homosexualidad

Para la histérica la diferencia no reside entre lo femenino y lo masculino sino entre tener el falo o ser castrado. Confunde pasivo con femenino, activo con masculino.

La homosexualidad femenina se orienta sobre una decepción que refuerza la vertiente de la demanda de amor³.

La decepción ocasionada por el padre, ese padre impotente de la histérica, que no puede separarla del goce incestuoso preedípico y que es incapaz de darle las claves para ubicarse como mujer, produce diferentes movimientos. En ocasiones, su destitución conlleva un regreso a la madre fálica, donde queda atrapada en la satisfacción de sus demandas, tomando una posición donde oscila entre hacer el hombre o colocarse como una niña pequeña, al resguardo de la omnipotencia materna. Las dos quedan unidas contra los hombres ya que son todos iguales al padre impotente.

Esta vuelta a la madre fálica sobrevalorizada es fundadora, muchas veces, de una comunidad de género donde todas participarían de la posición fálica.

La desaparición de la alteridad produce rivalidades, agresiones, sometimientos entre unas y otras. Muy lejos de producirse la plenitud esperada, se convierte en un nuevo grito desgarrante del estrago, demanda infinita que no apacigua ni calma la sed.

Si la niña se identifica con la madre como omnipotente y como poseedora de diversos apéndices fálicos, entre ellos el sexo del padre, queda sometida al superyó materno, obsceno y feroz.

Pero no tiene por qué ser la elección de un objeto femenino, puede elegir a un hombre que mire para otro lado, y así permanecer unida a la madre, certificando que los hombres son todos iguales a su padre, incapaces de disolver el vínculo preedípico.

Otras jóvenes hacen una elección homosexual transitoria para poder colocarse como tercero, provocando una pelea entre el devaluado falo paterno y el nuevo objeto elegido. Madres desvalorizadas por sus maridos y por sus hijos son reemplazadas por mujeres fálicas capaces de desafiar al hombre y por lo tanto decir cómo debe ser un padre-hombre y a la madre cómo poder ser una mujer-toda, toda falo.

El lugar tercero es ocupado por la histérica, para así observar la riña fálica. Construyen un nuevo triángulo compuesto por la disputa por el falo y el tercero es su mirada.

Decepcionadas del uno y de la otra, algunas veces optan por la maternidad como opción fálica, sin tener en cuenta al hombre. La ciencia les ofrece la posibilidad sin necesidad de muchos trámites. A eso le suelen llaman "hijo deseado".

Pero también la elección de pareja con un hombre preocupado en resolver su identidad sexual le permite disfrutar de la maternidad sin tener que pasar por el deseo de un hombre, lo que la remite a la madre omnipotente que se puede abastecer sola.

Hijos que pueden estar en el lugar de dador fálico para la abuela si son entregados a su cuidado, algo que sucede con frecuencia, sobre todo si es un hijo varón. O, por otro lado, son hijos que están con ese padre que alguna vez se creyó potente pero que más tarde decepcionó. Es decir, hijos rehenes que unen a sus madres y a sus abuelas o hijos de la decepción paterna.

"La Otra" del histérico masculino

Al histérico varón, las peleas entre su madre y la mujer que ha elegido le remiten, también del lado femenino, a constatar que generalmente el falo está de parte de su madre, que ellas son las portadoras. Crítico, insatisfecho, en las mujeres unifica el odio con el deseo.

Y, como sucede con el padre de Juanito, tendrá hijos de dos madres, permanecerá preocupado en mantener el amor de sus niños y expresará su deseo de dar un hijo a su

madre. Es decir, reemplazan el deseo de ser padre por el deseo femenino de tener un hijo, obligando a los niños a inventar jirafas que pongan tierra por medio.

Qué es ser una mujer es la pregunta que tanto las mujeres como los hombres histéricos demandan, por eso es una pregunta estructural.

Los histéricos adoptan con facilidad tanto el lugar del hombre como el de la mujer, pero sobre todo el tercer personaje por el que se produce el conflicto.

Como ya se ha visto, el fantasma histórico en hombres o mujeres faliciza el cuerpo, al que muestran con descaro, provocando su contemplación. Cuerpos y mentes erotiza dos, en zonas que permanecen anestesiadas, se ofrecen a los demás autorizando la vista pero no el tacto: "Se mira pero no se toca".

Lo que seduce al histórico no es la mujer sino su posicionamiento frente al falo.

¿Qué son las mujeres para él?

Está con las mujeres en posición de no-todo fálico, pero esperando la menor muestra de debilidad para aparecer con su virilidad arrolladora. ¡Heme aquí! Falo que en la puja fraternal ellos consiguieron a través de la donación amorosa que hicieron sus madres. Las otras son las vencidas.

De eso goza el histórico, de su presentación como objeto exótico, raro y por eso valioso, pero que al ser descubierto se revela opaco, presente a través de una máscara cuya virilidad es muy débil.

Las otras, las mujeres, igual que sus hermanas, para ser amadas necesitan mostrarse desposeídas, y así ellos pueden lucir su potencial fálico curando las heridas de las maltrechas mujeres. Las desprecian por castradas, pero las necesitan para realizar su donación, que es lo que da sentido a su vida.

Amigas de sus amigas representan a las mil maravillas el angustiante superyó externo femenino. Desde las críticas, escuchadas como pérdida de amor, dominan las relaciones.

El histórico forma parte del mundo femenino, ofreciéndose como imagen a seguir. Aunque deja clara su superioridad, renuncia a ella manifestando que si se lo hubiera propuesto podría haber lucido mucho más que ella.

Para él la feminidad es sinónimo de pasividad y sumisión, por eso su pareja es la mujer del fantasma sometida a la figura de otro, con tintes perversos.

Melman⁴ muestra la complejidad de la estructura del histérico: "En el histérico masculino todo puede valer tanto en el registro del sacrificio como en el de la perversión, calificándose tanto uno como otro para un ejercicio fuera castración y pudiendo justificarse recíprocamente ya que se alternan".

Bibliografía

1Sigmund Freud (1982): "Fragmento de un caso de histeria". Obra citada. Vol. 7. Amorrortu, Buenos Aires.

zJacques Lacan: Seminario 22. R:S:I., Clase 17. Ornicar.

CatherineMillot (1988): Nobodaddy. Nueva Visión, Argentina.

4Charles Melman (1988): Nuevos estudios sobre la histeria. Nueva Visión, Argentina.

12

La histeria y el amo

Si bien la especificidad del psicoanálisis está centrada en las singularidades de los sujetos, también tiene en cuenta funcionamientos que, como ya vimos, pertenecen a las estructuras donde cada cual se encuentra.

Los discursos sostienen las distintas formas que toman los sujetos al relacionarse con su deseo, en su fantasma y con los otros.

Puede darse la peculiaridad de ser discursos sin palabras, que se alojan a través de historias familiares transmitidas de generación en generación y que, desde el lugar del Otro, serán incorporadas como lugar de sujeción, fundando en el sujeto la alineación a "tú eres eso" que circula en ese discurso que precede al nacimiento.

La primera diferencia que aparece al hablar de los discursos la encontramos, por un lado, en el discurso corriente, el que se usa con frecuencia, formado por palabras vacías donde el inconsciente no es escuchado y, por otro lado, en el discurso psicoanalítico, revelador de la dependencia del sujeto al lenguaje, sujeto dividido donde un significante lo representa ante otro significante que lo determina.

Lacan' apunta: "Allí hay un agujero, y ese agujero se llama Otro. Al menos así creí poder nombrarlo. El Otro en tanto lugar donde la palabra, por estar depositada, funda la verdad, y con ello el pacto que suple la inexistencia de la relación sexual. En tanto que fuese pensada, pensable en otras palabras, y que el discurso no estuviese reducido a partir sólo del semblante".

Los significantes hombre o mujer, como lo muestra la histeria, no remiten a los conceptos de hombre o mujer, sino a los distintos lugares que en cada uno asignó el símbolo fálico. De allí que la histeria denuncie la imposibilidad de la relación sexual y necesite construir un amo que le resuelva el enigma de qué es una mujer.

Si es verdad que hay un discurso histérico, dice Lacan, es decir, una forma de hablar que autoriza la relación con los semejantes, que hace lazo social con ellos y que es el modo histérico de anudar una relación. Pues bien, en la estructura hay también un discurso psicoanalítico.

Los discursos

Todo discurso está dirigido a otro, que no tiene por qué ser una persona. Puede dirigirse a otro a partir de un lugar, en nombre propio o en nombre de un tercero, el agente, el otro.

$$\frac{\text{Agente}}{\text{Verdad}} \rightarrow \frac{\text{Trabajo}}{\text{Producción}}$$

Lacan estableció cuatro discursos: el del amo, el universitario, el histérico y el psicoanalítico, agregando más tarde el discurso capitalista.

Histérico

$$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

Impotencia

Amo

$$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

Imposibilidad

Psicoanalítico

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1}$$

Imposibilidad

Universitario

$$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$$

Impotencia

S1, representa al sujeto ante los demás significantes, es el discurso del amo.

S2, el saber, discurso utilizado en la universidad.

\$, sujeto al que su discurso le impuso la barra produciendo el efecto de su división, corresponde al discurso de la histeria.

Y, el objeto a, radicalmente perdido, se convierte en motor de la demanda.

Todos hacen referencia al cambio de un término al otro produciendo diferentes lugares. Dando un cuarto de vuelta a los cuatro términos se produce un cambio de discurso.

Discurso histérico

Fue presentado como un nuevo tipo de lazo social. La estructura histérica es un discurso que produce un lazo social, ya que está dirigido a otro, diferenciándose del discurso capitalista donde prevalece el uno solo.

El cuerpo de la histérica aparece marcado por el significante y es a través de los síntomas donde se instala el discurso reprimido.

Predomina la seducción como forma de atrapar desde la palabra el saber del otro. Saber de quien se espera ponga límite a su goce, con la particularidad de que en esa demanda permanente al deseo del Otro sólo encuentra insatisfacción. Nunca encontrará lo que buscaba, y por no estar dispuesta a cuestionar su búsqueda produce el desvanecimiento de la ficción fálica.

Coexisten en su discurso complejas experiencias. Por un lado, un saber "ingenuo" esencialmente práctico, actuado desde cierta "tontería histérica", como forma de encontrar la posición femenina que le permita sentirse querida. No sabe nada, se sustrae del saber y así será amada por un determinado fantasma masculino, mezclado con una fina inteligencia que le permite decir al amo de turno que cuando ella quiera puede hacer el hombre mucho mejor que él, porque el falo es un semblante.

Lo que la histérica quiere, en todo caso, es dejar constancia de que el lenguaje no alcanza a significar lo que ella puede desplegar con respecto al goce. Pero, como dice Lacan, no es eso lo que más le importa, sino que el otro que se llama hombre reconozca el objeto precioso al que se convierte ella en el contexto del discurso.

Se ofrece como objeto a para la satisfacción de su partenaire, pero en el mismo movimiento se sustrae para que su deseo siga insatisfecho.

Goza de la exclusión, que la mantiene como "la bella indiferente", porque el goce del hombre siempre queda devaluado en relación al goce absoluto que ella aspira lograr.

Discurso del amo

Lo que el sujeto histérico quiere es un amo, hasta el punto de que ella es quien lo inventa; es más, dice Lacan, necesita ponerlo a producir un saber.

Al sustraer su deseo, el histérico oculta su división subjetiva y es al amo a quien le demanda la búsqueda de su saber.

Para Freud ese amo es el padre idealizado de la histérica y en su discurso pone en acto la teoría del padre omnipotente. Amo, padre incapaz de cumplir la promesa nunca

formulada, pero sí esperada por el fantasma histérico. Por eso en su construcción también aparece el cuestionamiento de su potencia. Desengañada, deja constancia de que el falo no la satisface por completo, pero aun así vuelve a intentarlo. Siempre puede inventar una nueva versión.

Al interpelarlo soberbiamente, como si ella también fuese el amo, lo convierte en su esclavo, manifestando claramente que sólo a través de su amor él encontrará la consistencia que le permita continuar como amo. Amo hipotecado, porque la histérica, como el esclavo, sabe que su función es sostenerlo.

Lacan en su Seminario XVII² dice: "Si hay un saber que no se sabe, se instituye en S₂, es decir el otro significante no está solo. El vientre del Otro, el A, está lleno de ellos, es lo que da pie al fantasma del encuentro con un saber-totalidad".

Cuando la histérica se pregunta qué es una mujer es porque busca un saber que le permita llegar a ser "La Mujer-toda".

Es en esa búsqueda donde la histérica llama al amo, pretendiendo que el otro sepa muchas cosas, pero no demasiadas, no sea que ignore que ella es el premio para su saber. Crea un amo sobre el que poder reinar. Monarca histérica, que por su gracia puede reinar, y así el amo no puede gobernar.

Es importante destacar que el discurso de la histeria se relaciona en un diálogo permanente con un interlocutor al que elevará a la categoría de amo.

Y, por otro lado, el discurso del amo encuentra su fundamento en el discurso histérico, pues al hacerse omnipotente ya no tiene que responder como hombre, es decir bajo el efecto de la castración, y sólo muestra el semblante de la potencia, llegando a creer que puede formar a la mujer. Reclamo histérico que lo lleva en el mismo acto de la potencia a la impotencia.

Pero el amo moderno ya no actúa como el antiguo. Este nuevo amo al que Lacan llamó capitalista, modifica el lugar del saber. No le interesa saber lo que quiere la histérica, a diferencia de ella, que sí sabe lo que espera de un amo.

Desde ese amo los sufrimientos de las mujeres son analizados en tres momentos biológicos: la menstruación, los partos y la menopausia, lo demás carece de interés. Se ofrece por un lado la curación quirúrgica o química correspondiente al momento vital y por otro las maravillas del mercado, donde una amplísima variedad de objetos pueden distraer.

El desinterés que muestra el amo por otorgarles un saber las deja errantes,

desarticuladas, sin la posibilidad de una escucha diferente que les permita separar el capricho del deseo.

Suelen insistir las histéricas en su queja e impugnarlos. Los juzgados están llenos de sus demandas, lo que en todo caso revela la dimensión de su deseo siempre insatisfecho.

Discurso psicoanalítico

Lo que Freud descubrió escuchando a sus pacientes es la articulación de un saber inconsciente, que remite más allá del Principio del placer. Se muestra en una irrupción de displacer: goce amenazador, intolerable, que aparece en el cuerpo de la histérica o en el pensamiento de la neurótica obsesiva.

La cura psicoanalítica confirma el discurso histérico invitando al paciente, sin tener en cuenta su estructura, a que hable, con la consigna de que hablando mostrará su división y así podrá encontrar su posición subjetiva. Se pide que produzca significantes que lo puedan conectar con ese saber no sabido.

Frente a un decir que es del otro, que cuenta sus emociones, sus posibilidades, sus fantasmas, el psicoanálisis escucha los efectos de ese discurso en los sujetos.

Hay una verdad singular, propia de cada sujeto, diferente de los productos que ofrece el mercado, cuya vía debe encontrarse en ese texto inconsciente.

El discurso analítico interroga a la verdad como un saber no sabido, provocando la destitución del sujeto que se cree amo y poseedor de sí mismo. Desde el momento en que el sujeto habla se terminó la armonía.

A lo anunciado como significativo se le da una lectura diferente de lo que significa.

La interpretación psicoanalítica es "verdadera" por dirigirse al sujeto en su relación con los significantes de su discurso, es decir al sujeto mismo del inconsciente, que es el sujeto en el sentido estricto e inalienable del término. Por eso la cuestión de los criterios de la interpretación verdadera se modifica. Verdad significa sobre todo que el sujeto responda con eso que en el fondo él o ella sabía³.

La interpretación psicoanalítica se realiza por medio de un enigma, obtenido del discurso del analizante y que, a diferencia del discurso capitalista, no se completa por sí mismo.

Desde el discurso psicoanalítico se dice que gobernar, educar, analizar y, por qué no, hacer desear, a partir de la incorporación del discurso histérico son operaciones

imposibles.

Aun así, la teoría de los discursos es un instrumento de suma importancia en el psicoanálisis actual, si se considera que las producciones de los sujetos repercuten en el orden social al que pertenecen.

El sujeto en el lazo social

Para Lacan, el síntoma social en tiempos del capitalismo está dado por individuos que no tienen nada para hacer lazo social.

$$\begin{array}{ccc} \$ & \swarrow & S_2 \\ \hline S_1 & \nwarrow & a \end{array}$$

Es el sujeto completado por el plus de gozar el objeto a. La plusvalía es el plus de valor que produce el trabajador pero que en el acto mismo de la producción le es arrebatado por el otro, y a él sólo se le deja un remanente de placer bajo la forma de salario. Así, el plus de goce es ese goce que es la razón de ser del movimiento pulsional y a la vez lo que el sujeto pierde.

En el discurso actual neo-capitalista los sujetos son invitados, mediante una ficción, a que se coloquen en la posición de amos, eso sí sujetados a las leyes del mercado. Es un plus de gozar de larga consumación, generado en la producción industrial. El proletario explotado no ya por el amo tradicional sino por los productos, un cuerpo reunido con otro cuerpo que no hace lazo social.

Cada individuo como instrumento del mercado se hace equivalente a sus medios, sus medios de saber y de saber hacer.

Cada uno buscará su sitio donde disponer de ese poco de saber o de saber hacer para vender, porque el saber está en posición de dominar no sólo la universidad, sino también los deseos por vía de los productos fabricados para satisfacerlos.

En el discurso universitario, formulado por Lacan como una de las posibilidades discursivas que el sujeto tiene, no es el sujeto del deseo de saber, sino el que intenta hacer del saber un uso de dominio sobre las personas a las que dirige el saber con afán de poder.

En la universidad lo que se produce es una tesis doctoral y desde allí será reconocido para siempre, relacionado con el prestigio que le da ser discípulo de un reconocido autor.

Y ese poder es algo que tiene que ver con un determinado fantasma, ya que éste es el vehículo entre el sujeto y la realidad. Sujeto cuyo deseo se ve reducido a una voluntad de producir el plus de gozar industrializado, con el cual se espera colmar el sufrimiento del sujeto, tapar su falta.

Es un sujeto despojado de su singularidad, productor de plus de gozar, de señuelos vacíos. Individuo que se ve empujado al logro de ese antiguo anhelo de libertad, creyéndose libre porque está fuera del lazo social en la medida en que se debate con sus medios y su plus de gozar sin otro partenaire.

Para que la multitud esté contemplada en el lazo social se necesita un rasgo unitario, como soporte de la diferencia, porque a este sujeto le faltan los otros. Sólo tiene obligaciones con el mercado, por eso el discurso capitalista es del uno, del uno solo.

Ante el anonimato desesperado que da esta situación el sujeto busca ser uno distinto a los demás y si no logra cier to éxito laboral, social o a través de la compra de un producto le quedan los síntomas, que tampoco se resuelven con su desaparición porque son escuchados en grupos, grupos de alcohólicos, de niñas anoréxicas, de mujeres anoréxicas, de personas con miedo a volar, etc.

Pero si aún esto le falla tratará de lograr su primacía a través de sus impulsos violentos, convirtiéndose en productor de violencia física y verbal. Claro que, como dice Freud, aun en la más seria furia destructiva no se puede dejar de reconocer que su satisfacción se acompaña de extraordinario placer narcisista, pues ofrece al yo la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia.

En 1920, al hablar de la pulsión de muerte, otorga un estatuto definitivo a las tendencias agresivas, el odio y el sadismo, remitidos a la idea de egoísmo. Cada sujeto sólo depende de sí mismo, el sufrimiento de los otros no es su sufrimiento.

Éste es un sujeto marcado por el emblema de la sociedad de consumo, de usar y tirar, donde su problemática estructural como sujeto se ve facilitada por la posibilidad de realización alucinatoria de su deseo.

El sujeto del que habla el psicoanálisis está sostenido en el deseo humano, donde han de distinguirse uno por uno para no desaparecer en la multitud, contrarrestando la indiferenciación que la sociedad promueve.

Destaca Lacan que los sujetos no pre-existen a lo social, pero que lo social los organiza, que son su efecto. Insiste asimismo sobre el hecho de que lo individual y lo colectivo proceden de leyes y estructuras comunes y formula que lo inconsciente es lo social. En Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión⁴ afirma que hay otra materia para hacer

sujetos distinta de los productos del mercado. Se trata de una verdad del plus de gozar, singular, propia de cada uno, cuya vía debe encontrarse en su texto inconsciente.

Freud busca el inconsciente mediante el desciframiento de los sueños, los lapsus y los síntomas, ya que hay un saber en lo real.

El discurso psicoanalítico interroga a la verdad como un saber. Saber no sabido por el sujeto que, sin embargo, está allí trabajando en desplazamientos y condensaciones que producen metáforas y metonimias.

Se trata de una destitución del sujeto que se cree amo y poseedor de sí mismo para así poder vincularse a los otros desde una perspectiva de respeto al otro como diferente.

Diferencia fundamental con el discurso capitalista que promete la satisfacción de todos los deseos si el sujeto borra la alteridad, asimilando el objeto del deseo con el objeto posible de consumir.

Y es allí donde la histérica vuelve a aparecer como un sujeto marcado por un significante reprimido que su cuerpo aloja. Síntomas, como algunas anorexias, bulimias, drogodependencias, inhibiciones, malestares, que los amos encerrados en el discurso capitalista deciden no considerar como producto de una determinada subjetividad, de una determinada estructura, son observados como órganos desmembrados sin un sujeto a quien poder preguntar qué hay de su deseo en esa queja, en ese malestar que la representa.

Bibliografía

iJacques Lacan (1981): Seminario XX, Aun, p. 138. Paidós, Barcelona.

zJacques Lacan (1992): El reverso del Psicoanálisis. Seminario XVII, p. 29. Paidós, Barcelona.

MoustaphaSafouan (1994): La palabra o la muerte. Editorial de la Flor, Argentina.

``Jacques Lacan (1993): Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Anagrama, Barcelona.

13

Queriendo al amo se encontró con el maltrato

La sexualidad del ser hablante está atrapada en la construcción de una imagen singular que se ha ido fijando en sus primeros años de vida. Aquello que será capaz de atraer su interés, de erotizarlo, está organizado por los rasgos de un fantasma, y es con él con quien se habrá de entender.

La posición del amo encuentra un sustento en el discurso histérico, porque de alguna manera la histérica, al nombrarlo "agente de lo omnipotente", le permite renunciar a responder como hombre castrado, es decir bajo el efecto del orden simbólico.

Este amo omnipotente del fantasma histérico gozará del trabajo que hace "su histérica", a la que ordenará que goce y ella no podrá contrariarlo, porque su voluntad desde ese momento permanecerá alienada a ese mandato que la obliga a satisfacerlo.

Gozará porque el amo lo ordena. Alienada a ese deseo, permanecerá quejosamente cautiva y entregará su cuerpo al capricho del Otro.

Por eso pueden resultar víctimas de una captura que las arrastrará a identificar su deseo con el de no importa quién con tal de que se represente la figura del amo, y de esa manera poner en juego su deseo siempre insatisfecho.

Freud analiza el trauma de la histeria como irrupción de goce, bajo la forma de displacer, y lo ubica en un demasiado poco, un demasiado por exceso, y un no suficiente. Y con Lacan, podríamos decir que, al menos, de satisfacción le corresponde el plus de gozar.

El goce es un efecto, lo que hace que no haya goce más que del cuerpo. Porque gozar es también poseer el mi-gozar de tu cuerpo. Lo que entraña que tu cuerpo deviene la metáfora de mi goce y, desde entonces, la separación del cuerpo y del goce deviene ineluctable. Y bien entendido que el cuerpo de la mujer es desde entonces la metáfora de mi goce, será también al nivel de la mujer que el goce creará problemas.

El cuerpo para la histérica será el lugar privilegiado para significar su goce, que

fragmentado lo ofrece al fantasma del amo tratando de hacer Uno, el Uno del amor donde poder inscribir la frase que la sostiene.

Nos referiremos a dos textos donde dos mujeres despliegan fantasmas de seducción con la intención de crear un amo. En el primero la demanda gira en torno al significante "especial", y en el segundo se organiza un amo que produzca un lugar tercero en una relación estragante entre madre-hija.

La bella y la bestia: un caso clínico

El fantasma histérico, compuesto por varios elementos: insatisfacción, goce y "no importa con quién con tal de que sea un amo", ha llevado a la joven protagonista al maltrato.

Se muestra desdichada, infeliz. No puede ilusionarse, no cree nada ni a nadie. Dice haberse sostenido en la vida por pura prepotencia, y éste es un rasgo que también posee su padre. Oscila entre una afirmación espléndida de sí misma, reina del atractivo, o por el contrario decae estrepitosamente.

Del padre dice "que hizo mucho con muy poco. Violento, despreciaba a su mujer, la agredía verbalmente y disfrutaba humillándola".

Relata que le gustaría mirarse en su madre, pero la encuentra falta de feminidad. Con rabia comenta que su madre no la quería y no se tomaba interés por ella, mostrando la típica frustración de amor, encerrada en una relación estragante.

De niña "se iba de su casa deliberadamente, comenzaba a andar y se perdía. Huía hacia el peligro. Su padre la buscaba, la castigaba y luego la ataba, para asegurarse de que ya no se moverla.

"En esos momentos su padre era todo para ella y de esa manera disfrutaba de algunas complicidades". Ese padreamo que la tenía sujeta a una silla cuando se portaba mal, le daba seguridad, "no permitiría que ella se extraviara", y en esos momentos su fantasma podía volar, porque sabía que había un padre que la sujetaba. La secuencia se repetía: ella se perdía, él la buscaba, le pegaba y luego la ataba, porque la amaba.

El primer joven con el que se relacionó no fue respetuoso con ella, según cuenta, pues era mala persona, un raterillo, y continúa con relaciones similares. La última dura tres años y su pareja es un personaje violento, alcohólico, muy creativo y muy destructivo, "muy amo". Empieza con insultos, "gorda, estúpida, vulgar", la ridiculizaba para pasar seguidamente a los golpes. Y ella no reaccionaba. Triste, cegada por él, se

sentía malísima, diciéndose a sí misma: "Tienes lo que te mereces".

Después a él le entraba el arrepentimiento, ella era la mejor mujer, la más guapa, la más inteligente, la que lo domina, su dueña. Se dejaba convencer. El pedía perdón, mostraba su impotencia, ella era lo que más quería en el mundo, porque era alguien "realmente" especial.

Al rato le parecía normal todo lo pasado. "Atrapada, dice, no podía salir. Guarra, asquerosa, golpeada, maravillosa, no se lo podía quitar de encima."

Y así se entrelazaban dos momentos de su fantasma. En el primero, por vía identificatoria con el hombre violento, se encontraba con la prepotencia familiar, con su padre castigando a su madre silenciosa, para desembocar en el segundo, más cercano a su fantasía de niña, querida, hermosa, necesitada, especial.

Condensa así, de forma satisfactoria, los dos papeles sexuales que representa la histeria, el masculino y el femenino.

La violencia fue en aumento hasta la última paliza, a causa de la cual es hospitalizada. Resguardada, sujeta, en la cama de una clínica, se produce un movimiento distinto a otras veces. Ya no es un ser especial sino alguien con mucho miedo a la violencia de los dos. La suya y la de su "amo". "Entra en pánico, se siente humillada. Se dejó pisotear como su madre, y no sabe por qué."

Habla del miedo que le produce la cercanía de cualquier hombre, todos pueden ser su pareja. Ella, pasiva, lo veía como a su padre, nunca fue de igual a igual. La dominaba, la ridiculizaba, se decía a sí misma "di algo, reacciona", pero no podía.

"No te mereces nada" o "te mereces todo" era la secuencia de una noche de alcohol y violencia.

Los diferentes tiempos del fantasma que marca Freud en "Pegan a un niño" nos sirven para puntualizar este texto:

- 1.El padre pega a la madre odiada por ella. Rivalidad con la madre ante el padre.
- 2.Soy azotada por mi padre. Ser azotada satisface la culpa edípica y proporciona placer de una manera regresiva. La azota porque la ama.
- 3.Tanto el hombre violento como ella pierden una identidad definida. Lo que le permite a su fantasma mantenerse consciente y a ella parecerle normal lo sucedido.

En su particular modo de gozar ella encuentra la diferencia con los otros y su incesante búsqueda del "amo" que la convierta en especial no acaba con el hombre.

Establece relaciones de dependencia con sus amigas y pasa de cortejarlas como un muchachito a sentirse ignorada por ellas, pues no le responden con su misma intensidad. Con reproches, intenta culpabilizarlas y así lograr revertir la situación, de esa forma se convertiría en especial, lo que le da un estatuto privilegiado, y así vuelve a encontrarse nuevamente en el movimiento fantasmático.

Si lo que sostiene su deseo es que el hombre la desee, encuentre placer en ella, en el maltrato oculta su carencia, fuegos de artificios dedicados a él pero sobre todo a ella, ya que condensa la violencia-amorosa paterna, el castigo a la madre y "la mujer especial".

El goce fálico le resulta demasiado poco, insuficiente, en relación con el goce absoluto que siempre mantiene en el horizonte. En otro hombre, en una nueva amistad, espera siempre al amo capaz de descubrir aquello que la haría "especial", pero en relación a este goce toda satisfacción queda devaluada.

Charles Melman², cuando habla del goce que establece la histérica, lo resalta como excepcional porque ella une en un solo lugar, el cuerpo, el goce y la muerte, es decir lo simbólico, lo imaginario y lo real. Recordemos que la posición masculina se paga comúnmente con la renuncia al goce de su propio cuerpo y la posición femenina con la renuncia al ejercicio de lo simbólico.

La histeria, como ya se ha visto, puede hacer concesiones ilimitadas a un hombre de su cuerpo, de sus bienes, de un lugar en los repartos sociales, con tal de mantener la figura del amo, donde ella pueda ser "especialmente" la mujer del amo, por eso siempre está preparada para rellenar las fantasías del hombre elegido.

Es en su cuerpo donde quedarán registradas las marcas de su goce. Síntomas enlazados en contracturas, dolores, culpas, desamores, heridas. Cuerpos anestesiados que dan cabida a la omnipotencia de un amo, que si es violento dejará sus huellas en él porque ella no tiene otra voluntad que satisfacerlo.

Sabe que el encuentro sexual de los cuerpos no remite al principio del placer, sino que el goce constituye su límite. Y bajo la ordenación del amo puede gozar, alienada a él, sin saber por qué. Sólo cuando logra despegarse de esa relación que sostenía con mucho esfuerzo aparece el despertar de una pesadilla que la tenía inmovilizada.

Con un fantasma que necesita para su despliegue de un amo omnipotente, capaz de arrebatársela, no es difícil encontrarse en una relación física o psíquicamente violenta. Lo difícil es poder limitarla, y sobre todo abandonarla.

La estructura de la alienación permite "el no pienso", que lleva al "no soy" quien está pasando por esto.

Cuando puede mirar a la cara a ese amo construido, muchas veces sólo ve a un hombrecito desesperado, porque de su creación depende su subsistencia como hombre. Esto en el caso de una estructura neurótica, si dio con un perverso o un psicótico la cuestión es mucho más delicada.

El perverso se pone a buscar su goce intentando atrapar aquello que escapó a la subjetivación del cuerpo:

Tengo derecho a gozar de tu cuerpo - puede decirme quienquiera - y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él.

La mujer histérica cree que la relación sexual no funciona por su culpa, por eso es capaz de entregar su cuerpo para buscar ese goce absoluto, que no encuentra y que el perverso le reclama.

Mientras, para el neurótico la escena se juega al nivel del fantasma, si bien es cierto que utiliza el modelo del perverso pero con la fundamental diferencia de que, en su caso, es del deseo de lo que se trata. La degradación permanece, generalmente, en el campo de la fantasía, salvo que crea que está en peligro su virilidad, que tanto le cuesta encontrar. Allí puede ser violento y sobre todo despótico, humillar para diferenciarse, yo o tú, pero cuando se tranquiliza puede buscar nuevos objetos a donde poder desplegar su fantasma.

Por otra parte, el psicótico asume a la mujer como parte de su cuerpo, y desde allí se siente obligado a defenderse porque la ruptura es sentida como una mutilación en lo real.

Al nominar a una mujer como algo propio se constituye, por eso "tú eres mi mujer" le permite construir una pertenencia que le proporciona una identidad.

En el grito colérico de "mía o de nadie", también se juega, entre otros elementos, una amenaza de fragmentación.

Un amo que produzca un Nombre del Padre

La escritora Elfriede Jelinek en *La pianista*⁴ ofrece a sus lectores un estragado personaje femenino. Entrecruza varios elementos: la relación con una madre que la mantiene a merced de su capricho, y la búsqueda de un lugar tercero, colocado en un joven-amo, capaz de producir mediante un acto violento la dificultosa separación entre la

madre y la hija.

"Si la voluntad masculina incluso puede llegar a alejarla de una madre tan probada como la suya, la empresa tiene buenas perspectivas", piensa Erika, la protagonista.

Desde ese deseo la separación no estaría marcada por la castración, sino que pasaría de una relación alienante con la madre a otra también alienante, que le impondría la separación.

Ella anda siempre detrás de una perspectiva nueva e insospechada. Su cuerpo jamás ha delatado sus misterios, ni siquiera en la posición con las piernas abiertas frente al espejo de afeitarse, ¡ni a su propietaria!

Construye un fantasma de seducción en el que estaría obligada por un joven violento capaz de reprimir su fuerza por amor: "Él ha de desearla, ha de caer a sus pies, ha de tenerla siempre presente en sus pensamientos, no ha de encontrar escapatoria ante ella". Pero a la vez: "Él acumula embriaguez y, si ella se atreve a negarse a abrir las piernas, recibirá una paliza que le llegará hasta las entrañas".

El hombre debería distinguirla por su "especialidad", no tanto en la música, que la registraba en el goce fálico, sino en un goce errático, perdido, capaz de llegar al sacrificio. Por sus sufrimientos sería merecedora de hasta el último gramo de dedicación masculina. La ausencia de placer, bien lo sabe Erika, aumenta la relación con el goce.

La protagonista elige y convierte en amo a un alumno, al que alecciona mediante una serie de normas escritas la manera de satisfacer, a través de la violencia, sus deseos. Erika eludirá a su alumno si él se niega a utilizar la fuerza con ella.

Ante mis súplicas haz como si quisiera seguir adelante.

Habla de ello, pero sólo habla. Amenázame, pero no te desbordes. No es más que una prueba para averiguar hasta dónde serías capaz de llegar por amor.

Y él creerá que es su amo. Él ha de estar convencido de que esa mujer se ha puesto en sus manos, pero de hecho será él quien pase a su propiedad. Así es como ella lo imagina.

El débil padre no ocupó el lugar del Otro, limitador del goce materno. En la construcción de su fantasma está estructurado el -cp, función imaginaria de la castración. Por eso los golpes son recibidos como órdenes que emanan de una Ley a la que Erika queda sujeta.

La histérica puede sostener relaciones que en sus fantasías pueden llevarla a momentos muy placenteros. De allí que le resulta sumamente costoso distanciarse cuando se relaciona a través del maltrato, la próxima vez será diferente, apuesta por la posibilidad de cumplir su guión.

A los hombres no les gusta esperar, mientras que las mujeres en la misma circunstancia construyen edificios para la eternidad porque, en su caso, sienten una conmoción enorme y amenazante para toda su existencia. La mujer comienza de inmediato a fabricar un entorno complicado, como el de un nido de avispa, para instalarse en él, y una vez que se ha empezado a construir resulta imposible desprenderse de ello.

La pianista busca el rechazo materno para salvarse del engullimiento. Un débil Nombre del Padre la dejó a expensas de su capricho. Para poder romper esa unidad necesita un amo fuerte y violento capaz de disolver unos lazos tan estrechos.

Como una tenaza la abrazarán los dos compañeros de vida elegidos, sus amos. No puede poseerlos a los dos, pero tampoco a uno solo, porque el otro se le escaparía de inmediato.

Utiliza la metáfora del corte en lo real: corte para agrandar la abertura que constituye la puerta interior de su cuerpo, la ansiada separación de algo que le estorba; cortes en su ropa; cortes en las manos de una alumna sujeta a un deseo materno como forma de poner término al majadero estudio de la flauta, y corte liberador dirigido al corazón pero que hiere su hombro. "En última instancia ha sido el deseo en una de sus formas más desagradables lo que ha provocado este hecho", dice la protagonista. Pero al mismo tiempo:

Desea con ansiedad un abrazo largo e íntimo para enseguida, tan pronto acabe, rechazarlo como una reina, ella, la mujer estupenda... Y él creerá que es su amo. Perderse en él, desintegrarse, pero a la vez se escapará y jamás la dominará del todo.

Porque el hombre que pega debe obedecer una orden superior a la que ella misma se somete.

Excelente descripción de un fantasma que busca la alienación de su goce en un amo que, por medio de la violencia, le permita separarse de la relación estragada que la mantiene sumisa a la actividad fálica que le demanda la madre.

La mujer pone en evidencia que obviamente está siendo víctima de un engaño porque no siente nada. Busca el deseo, pero no desea nada.

Unida a la madre, pierde el brillo fálico. Sólo las une una relación sin salida, donde cada una le pide a la otra el falo.

Extrañada, se pregunta qué ruidos oirá la madre detrás de la puerta. ¿Serán de placer, de dolor o ambos?

Una vez producido el corte, el joven alumno, "amo por un momento", hombre anónimo, es destituido porque ya se había producido el lugar Otro que le permitiría salir de la relación estragante.

Tarea solitaria en la que se encuentran los sujetos buscando su singularidad. Nadie le ofrece su mano, nadie le ayuda a cargar con su peso... El cuchillo ha de llegarle hasta el corazón. Le flaquean las fuerzas que necesitaría, su mirada se pierde sin un impulso de enojo o de ira o de pasión, Erika se hiere en un punto del hombro y comienza a sangrar... El mundo, que no está herido, no se detiene.

Lo noble, lo trágico, lo cómico, lo bufonesco (presentándose con una curva de Gauss) brevemente, el abanico de lo que se reproduce, la escena donde se exhibe, lo que escinde de todo lugar social, los asuntos de amor. El abanico, pues, se realiza para producir fantasías cuyo ser de palabra subsisten en lo que denominan, no se sabe muy bien por qué, "la vida".⁵

Si se pretende desaparecer como sujeto gozante dando a otro la posibilidad de imponer el goce, no es imposible entrar en una relación dominante-dominado, ya que su deseo es satisfacerlo en todo. Es difícil reconocer la estructura de un partenaire cuando se está urgido por un fantasma que demanda un amo absoluto donde poder reinar.

Curiosamente, la mayoría de los casos de maltrato se dan en relaciones estables, de varios años de convivencia. Los privilegios que el amo puede encontrar en la institución del matrimonio le permiten dar a sus caprichos un estatuto de ley.

Sin olvidar que la mujer obtiene su goce dando en el amor lo que no tiene a un ser que no lo es. Años de alienación producen en la ruptura desconcierto, desconfianza, y sobre todo una terrible sensación de vacío, de no saber qué desear.

La mañana podría inducir a Erika a buscar una razón por la que se ha cerrado al mundo durante todos estos años.

¿Qué ofrecen las instituciones a las mujeres maltratadas?

Cuando las mujeres maltratadas se presentan desconcertadas en una institución se les plantea, en algunos casos, que antes de abandonar a su amo lo piensen bien, sabedores

de la dificultad. En otros casos se las acoge, permitiéndoles tomar distancia físicamente y de esta manera logran salvar su vida.

Pero allí, generalmente, se las acoge con una nueva propuesta de alienación. Bajo "el no pienso-no soy" se les proporciona una nueva identidad.

Del vaciado de su deseo, con el que llegan, pasarán a ocupar el lugar predeterminado de víctimas, ya sea de un hombre, de un sistema económico, de una falta de educación, etc.

Las protagonistas de los textos analizados son mujeres profesionales, con independencia económica. No son representativas del imaginario social donde algunas instituciones centran la problemática del maltrato.

Si se expulsa al sujeto del lenguaje, si no se quiere escuchar su saber, volverá a aparecer en los síntomas. Y seguirán apareciendo sin poder encontrar que parte de ella se está jugando en esa escena, "su escena" pues se desconoce que la verdad de cada uno es audible sólo para quien pueda articularla.

La obra de Sade no nos presenta nunca el éxito de una seducción, en lo que, sin embargo, se coronaría el fantasma: aquello por lo cual la víctima, aunque fuese su último espasmo, llegase a consentir en la intención de su atormentador, o aun se enrolase por su lado gracias al impulso de ese consentimiento. Para Sade se está siempre del mismo lado: el bueno y el malo.⁶

Agrega Lacan, en otro Seminario, que el masoquismo femenino es un invento del fantasma masculino.

No es cuestión de seguir considerándolas víctimas o masoquistas si no responden al prototipo establecido. Seguramente tienen muy buenas intenciones, pero son incapaces de proporcionar un lugar tercero donde poder reconocerse y así distanciarse de su amo-maltratador. De modo que desconocen qué les ocurrió en el camino cuando, buscando un amo donde poder reinar, se encontraron con el maltrato.

El hombre violento que mata es un asesino, y ya tiene definido por ley su castigo. Al maltratador se le suele juzgar con los atenuantes de los celos, el alcohol, las drogas y hasta el paro laboral. Faltas que la mayoría de las veces se arreglan con una pequeña multa y la prohibición de acercarse a la víctima.

Este planteamiento refleja el desconocimiento que por parte de él, y sobre todo por parte de quien le juzga, existe acerca de las diferentes maneras en las que la violencia puede aparecer según las estructuras psíquicas de los sujetos.

El pronóstico, al no realizarse desde el análisis de "un pasaje al acto", donde el sujeto paga un precio para sostener inconscientemente una posición de dominio, aun a costa de pagarlo con su vida, o ser "acting-out", es decir, un acto que produce una demanda a otro, queda a merced del efecto que produzca una regañina que deja desubjetivizado el acto violento.

La legislación sobre el goce de los sujetos, que desde algunas instituciones se reclama, se encuentra con el sujeto del discurso capitalista, ese sujeto aislado en su goce que no hace lazo social y para el que el otro será siempre el capricho a comprar, el extranjero, el diferente donde poder mostrar la irreductible oposición al otro. Legislar, gobernar, educar el goce son tareas imposibles, que no cesan de demandarse.

Bibliografía

1 Jacques Lacan (1993): *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*. Anagrama, Barcelona.

2 Charles Melman (1988): *Nuevos estudios sobre la histeria*. Obra citada.

3 Jacques Lacan (1975): *Kant con Sade*. Escritos 2. Siglo XXI, México.

4 Elfriede Jelinek (1983): *La pianista*. Mondadori, Barcelona.

5 Jacques Lacan: *La lógica del fantasma*. Seminario. Clase del 31/5/1967. Inédito.

6 Jacques Lacan (1975): *Kant con Sade*. Escritos 2. Siglo XXI, México.

• ACTUALIDAD DE SIEMPRE

1 No hay humo sin Freud. Psicoanálisis del fumador

Grimbert, Philippe

2 La mentira necesaria. Del trauma social al mito

Hachet Pascal

3 La hija de Casandra. Una historia del psicoanálisis en Europa y América

Schwartz, J.

4 Psicoanálisis como recorrido

Borgogno, Franco

• CLAVES DE LO COTIDIANO

1 Pero... ¿qué tienen en la cabeza? Guía para padres con hijos de 0-6 años. 1.000 argucias para comprenderlos mejor

Ifergan, Harry Etienne, Rica

2 Pero... ¿qué tienen en la cabeza? Guía para padres con hijos de 7-12 años.

La edad de la incertidumbre

Ifergan, Harry Etienne, Rica

• CLÍNICA PSICOANALÍTICA

1 Principios de una psicoterapia de las psicosis

Leclaire, S.

2 Jacob, un proceso analítico. El riesgo de un desorden somático

Fine, A.

3 El tesoro de las fobias. Un caso de miedo a las ratas

Bayle, G.

4 Psicoanálisis y psicosis

García, A.

5 La pulsión y la culpa. Para una clínica del vínculo social

Pereña, Francisco

6 Creer en el inconsciente

Szpilka, Jaime

• CORRESPONDENCIAS

1 Viena y Manchester. Correspondencia entre Sigmund Freud y su sobrino Sam Freud (1911-1938)

Roberts, T (editor)

2 Correspondencia completa de Sigmund Freud y Ernest Jones (1908-1939)

Paskauskas, R.A. (editor)

3 Correspondencia completa de Sigmund Freud y Sándor Ferenczi. Vol. 1-1 (1908-1911)

Falzeder, E./Brabant, E.

4 Correspondencia completa de Sigmund Freud y Sándor Ferenczi. Vol. 1-2 (1912-1914)

Falzeder, E./Brabant, E.

5 Correspondencia completa de Sigmund Freud y Sándor Ferenczi. Vol. II-1 (1914-1916)

Falzeder, E./Brabant, E.

6 Correspondencia completa de Sigmund Freud y Sándor Ferenczi. Vol. II-2 (1917-1919)

Falzeder, E./Brabant, E.

• NIÑOS Y ADOLESCENTES

1 El niño hiperactivo y con trastornos de atención

Berget M.

• PRÁCTICA PSI

1 Las consultas terapéuticas padres-hijos

Bléandonu, G.

2 El encuentro con el enfermo

Célérier, M.-C./Oresve, C./Janiaud-Gouitaa, F

3 Psicoterapia del paciente anciano y su familia

Charazac, P

4 Problemática de la histeria

André, J./Lanouzière, J./Richard, F

5 Neurosis y funcionamientos límite

Chabert, C./Brusset, B./Brelet-Foulard, F

6 El psicoanálisis y lo psicósomático

Fernández, Roberto

• CLÁSICOS DEL PSICOANÁLISIS

1 Jacques Lacan, un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza

Porge, Erik

2 Léxico de psicoanálisis

Vanier, Alain

• SOCIEDAD Y PSICOANÁLISIS

1 Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista

Tubert, Silvia

2 Todo lo que usted nunca quiso saber sobre el psicoanálisis

Fontana, Cristina

3 El desafío de la anorexia

Strada, Graciela

Índice

Introducción	12
Capítulo 1. Evolución del concepto "histeria"	15
Del pitiatismo al DSM-IV	17
El encuentro de Freud con la histeria: el psicoanálisis	20
Estructura histérica	22
Bibliografía	23
Capítulo 2. Del trauma al fantasma	24
El encuentro con la fantasía	27
Fantasías diurnas	29
Construcción de la novela familiar	30
Capítulo 3. De los fantasmas fundamentales al fantasma lacaniano	32
El fantasma de la estructura histérica. Forzamiento histérico	36
Capítulo 4. Algunas manifestaciones delirantes del fantasma histérico	38
Capítulo 5. Pégame porque me amas	43
Capítulo 6. Buscando el goce absoluto	48
Fórmulas de la sexuación	51
Más allá del falo	52
Capítulo 7. Entre semblante y máscara	55
La bella máscara	59
Capítulo 8. En las cosas del querer: la malquerida	62
Amar en el otro	65
Amor al semblante	66
La creación del amor	67
Degradación del amor	69
Hablemos de amor	70
Amor de transferencia	71
Capítulo 9. Porque lo crea lo ama	73

Filiación	77
El impotente amo	79
Capítulo 10. Madre-hija, un amor estragado	82
De la madre a la hija	86
El hijo histérico participa del estrago	89
Germen de la paranoia	90
Herederos del estrago	91
Bibliografía	92
Capítulo 11. La Otra mujer en la histeria	92
La Otra mujer en la homosexualidad	96
"La Otra" del histérico masculino	97
¿Qué son las mujeres para él?	98
Capítulo 12. La histeria y el amo	99
Los discursos	101
Discurso histérico	102
Discurso del amo	103
Discurso psicoanalítico	104
El sujeto en el lazo social	106
Capítulo 13. Queriendo al amo se encontró con el maltrato	108
La bella y la bestia: un caso clínico	110
Un amo que produzca un Nombre del Padre	114
¿Qué ofrecen las instituciones a las mujeres maltratadas?	117